

# NOTICIAS DE LIBROS

## INDICE

Ciencia política y Derecho constitucional.—Pág. 237.	Religión.—Pág. 264.
Sociología.—Pág. 243.	Historia.—Pág. 266.
Pensamiento político.—Pág. 259.	Economía.—Pág. 269.
Temas del marxismo y comunismo.—Página 262.	Filosofía.—Pág. 271.
	Varios.—Pág. 283.

## CIENCIA POLITICA Y DERECHO CONSTITUCIONAL

RAÚL BERTELSEN REPETTO: *Control de constitucionalidad de la ley*. Editorial Jurídica de Chile. Santiago de Chile, 1969; 188 págs.

Aborda el doctor Bertelsen en el libro cuya aparición editorial comentamos, el estudio de uno de los temas clásicos de la Ciencia Política: la constitucionalidad de la ley. Si profundizamos en el tema central de esta obra observaremos que, en no pocas ocasiones, acontece un fenómeno singular, a saber: que no toda organización política fundamental de un país, aunque cumpla con el supuesto imprescindible de limitar la actividad legislativa, permite de igual modo un control eficaz de constitucionalidad de la ley. Por consiguiente, para que pueda plantearse la existencia de un control de constitucionalidad de las leyes se requiere la presencia de un intento de regulación de la actividad legislativa, dirigida a obtener que dicha actividad se desarrolle en el marco que determinan unos preceptos, revestidos de determinadas particularidades, los cuales reciben el nom-

bre de preceptos constitucionales. Por otra parte, como nos hace notar el autor de estas páginas, tenemos que, efectivamente, es posible concebir, y de hecho existen en muchas Constituciones, medios que aunque no están destinados específicamente a obtener la conformidad de las leyes a la Constitución, pueden ser utilizados para lograr este objetivo. Entre estos medios podemos señalar los siguientes: el sistema bicameral, la facultad del presidente de una Asamblea o Comisión legislativa de rechazar una proposición de ley, la disolución de las Asambleas legislativas, el veto presidencial, el veto popular, la revocación de miembros de las Asambleas legislativas y, como medios extrajurídicos, la opinión, presión y resistencia que manifiesten o ejerzan personas o grupos respecto de proyectos de ley o leyes. Tiene, pues, un gran valor el contenido de este libro

que nos permite conocer a fondo la problemática que suscita el adecuado control de la constitucionalidad de la ley.

Antes de penetrar en la evolución histórica del problema que examina en su obra el doctor Bertelsen hace unas ligeras referencias en torno de la dificultad que implica la exposición del concepto de Constitución. Por lo pronto —nos dice—, dentro de los conceptos que emplea el Derecho constitucional, el de constitución es uno de los más imprecisos, situación que para el profesor García Pelayo se debe a dos motivos: En primer término, porque si la mayoría de los conceptos jurídico-políticos son de un modo mediato o inmediato conceptos polémicos, éste, por referirse a la sustancia de la exigencia política de un pueblo, está particularmente abocado a convertirse en uno de esos conceptos simbólicos y combativos que hallan su *ratio* no en la voluntad de conocimiento, sino en su adecuación instrumental para la controversia con el adversario...; mas a estas razones de índole subjetiva se une otra de carácter objetivo, a saber: el hecho de que la Constitución forma un nexo entre diversas esferas de la vida humana objetivada, por el que se vinculan sectores de la realidad política, jurídica, sociológica, etc. El autor de este libro, en todo caso, entiende por Constitución la organización política fundamental de una sociedad, es decir, la forma básica, la estructura general en que se desarrolla la actividad de gobierno de una sociedad; sea esta la ciudad-Estado griega, los feudos medievales, los Estados en tiempos del absolutismo o los Estados modernos, todos han tenido una configuración política fundamental —diversa en cada una de dichas sociedades— a través de la cual se desarrolla su gobierno. Por consiguiente, en opinión del autor de estas páginas, es accidental al concepto de Constitución, la forma en que se ha establecido, si ha desempeñado un papel impor-

tante la tradición, si han sido los factores de poder actuales los que han influido o si es el producto de una ideología; tampoco es esencial el modo en que se exprese la Constitución, si a través de normas, morales o jurídicas y, dentro de estas últimas, escritas o consuetudinarias, o bien que no tenga una expresión normativa sino que se presente como algo meramente fáctico.

El hombre se ha preocupado siempre, se nos dice en otro lugar de este libro, por el hecho de que el control de constitucionalidad de las leyes sea, en realidad, efectivo. Por eso, es un error ver en los controles de constitucionalidad el medio perfecto para lograr la vigencia de los preceptos que integran la Constitución jurídica; sabemos que ésta, subraya el doctor Bertelsen, tiene una íntima relación con la denominada Constitución no normada, con la realidad fáctica, y también con las ideas existentes sobre lo que debe ser la organización política fundamental de la sociedad en que está destinada a tener vigencia la Constitución jurídica a causa de esta relación con la realidad política y con las ideas políticas, que condiciona la vigencia de los preceptos constitucionales, al producirse situaciones extraordinarias y de trascendencia que pugnen con lo dispuesto en la Constitución, los controles de constitucionalidad serán incapaces de obtener la vigencia de los preceptos constitucionales; si se oponen abiertamente a la realidad que ha desbordado el marco jurídico constitucional, probablemente serán suprimidos; puede que ante tal situación el órgano controlador busque un camino que evite la necesidad de tener que pronunciarse o bien declare su incompetencia para pronunciarse sobre los hechos.

En todas las épocas, pues, ha sido máxima la preocupación que ha impedido en la sociedad por lograr, cuando

menos, la precisión del significado de los términos «Constitución» y «ley». Es muy detallada la revisión que el autor realiza de la significación de estos dos conceptos a través de la concepción helénica, romana, medieval, renacentista, moderna y contemporánea. Piensa el autor que, hoy por hoy, tan sólo la Constitución de los Estados Unidos no plantea problemas interpretativos, y, naturalmente, no suscita duda alguna. La razón es clara: por estar en Estados Unidos en manos de los diversos Tribunales la facultad de no aplicar una ley cuando la estiman inconstitucional y por la par-

ticuliaridad del sistema administrativo norteamericano, que en la generalidad de los casos entrega a los órganos judiciales la función de determinar la validez de las actuaciones administrativas, existen varias formas de obtener un pronunciamiento sobre la constitucionalidad de una ley.

El libro del doctor Bertelsen hace renacer, como sucintamente hemos visto, un viejo tema del Derecho constitucional. Un tema que permanece y al que en este acertado estudio se le abren nuevas perspectivas interpretativas.—J. M. N. DE C.

CARLOS IGLESIAS SELGAS: *Un régimen social moderno (Reflexiones sobre la España actual)*. Biblioteca Fomento Social. Editorial Mensajero. Bilbao, 1969; 445 páginas.

Las relaciones entre Estado y sociedad han sido examinadas desde muy diversos puntos de vista. Entre ellos es posible la configuración de dos posturas extremas: para la primera, la sociedad es elemento puramente pasivo en estas relaciones, en el sentido de que todo en ella es susceptible de ser conformado imperativamente y atendiendo a moldes racionales por el aparato estatal, mientras que para la segunda, son las fuerzas sociales las que determinan irremediadamente la constitución política misma del Estado.

Creemos que Iglesias Selgas ha tomado como base de partida de su magnífico libro *Un régimen social moderno* la concepción de Schiudler. Según ella, lo estatal y lo extraestatal son partes integrantes del todo social, cuyo equilibrio exige una determinada relación compensatoria entre ambos elementos. De tal forma, que cualquier desequilibrio producido por insuficiencia de las fuerzas espontáneas debe ser inmediatamente corregido mediante la intervención estatal, y viceversa son las fuerzas

sociales las que con su propia energía y representación se encargan de acabar con aquella artificiosa organización estatal que no responda exactamente a las exigencias y conveniencias de la colectividad.

El autor de este libro, Iglesias Selgas, es un político. Decía Antonio Castro Villacañas que todo intelectual que lo sea de verdad —y por diversas razones— es incapaz de entusiasmar a la masa; que para aproximarse a ella (a esta masa que necesita que le señalen un camino, que le presenten un proyecto futuro) precisa de un intermediario, y este intermediario es el político.

El político es el único capaz de trasladar al terreno de la realización práctica el contenido del mensaje elaborado por los intelectuales. Y ¿cómo realiza, o debe al menos realizar el político su específica tarea intelectual?... Seguiremos en este punto al maestro Laín Entralgo. Primeramente, el político debe reflejar, conociéndolo perfectamente, todo el mundo de valores descubiertos o predominantemente cultivados por sus coetáneos

intelectuales, así como el mundo interior en que su auténtica personalidad habita. Es decir, ser un historiador veraz y certero de su época. Después el político ha de crear, ha de esforzarse en conseguir que mediante su expresión activa se produzcan realidades sociales nuevas, originales o formas inéditas de las realidades ya conocidas.

Debe también el político indagar, adivinar, conocer las zonas de la realidad o los modos de vida pasados, presentes y futuros. No sólo será historiador de su época, sino de todas las épocas.

Finalmente —y esta parte es esencial—, el político ha de realizar su labor con un sentido de servicio, de ofrenda. Sin este sentido de servicio y ofrenda, la acción política se convierte en un negocio, en uno de los más feos y tristes negocios a que puede el hombre dedicarse.

La vida física del personaje intelectual-político Iglesias Selgas ha seguido con absoluta fidelidad esas cuatro premisas. Y su exposición y expresión es este libro, *Un régimen social moderno*, donde todo está dicho y bien dicho; libro cuya publicación hay que agradecer. Para un escritor político como es Iglesias Selgas estar al día es una necesidad vocacional y vital. Y en *Un régimen social moderno* nos da la medida exacta de su firme vocación de hombre público. Se enfrenta con los problemas, los estudia y propone soluciones. No se queda vagando en el campo puramente especulativo, sino que, concretando sus con-

clusiones, desciende a la realidad práctica y posible.

El pensamiento de Iglesias Selgas, renovador, atento siempre a un hoy imprescindible, se nos presenta como una lección de cara al futuro español.

Dudando siempre del añejo valor de las palabras y de las fáciles retóricas en el nuevo horizonte de la vida española, *Un régimen social moderno* tiene una fecundidad cierta. Sobre cada tema se exponen las ideas concretas, dando un volumen y una amplitud al pensamiento pleno de rigor, que muchas veces, de manera sencilla, ágil como su prosa, lleva dentro toda la trascendencia de una lección.

Este libro de Iglesias Selgas nos da un panorama de la problemática económica, social, religiosa y política de España dentro del mundo de hoy, completo, muy amplio y sugerente, y constituye una obra importante y sobre todo de enorme interés cara al futuro.

Si un intelectual lo es de verdad y no se trata de un aficionado o un comerciante —señala Castro Villacañas—, ningún otro hombre vive como él los trabajos y los días de su pueblo. A esta estirpe de intelectuales de verdad pertenece Iglesias Selgas. Y su libro, valioso libro, prueba de una manera fehaciente no sólo el valor de su actividad pública, sino que ha vivido y vive intensamente, como intelectual y como político, todos los avatares de esta España que tanto ama.—TOMÁS ZAMORA.

NICO POULANTZAS: *Pouvoir politique et classes sociales de l'état capitaliste*. F. Maspero. París, 1968; 400 págs.

Estamos ante un intento de total examen de las sociedades políticas actuales occidentales a la luz de los «textos clásicos» del pensamiento marxista. Se analizan estos escritos a fin de extraer

aquellos conceptos útiles para una Ciencia política tal como generalmente se estudia en los países occidentales. La tarea es ardua, puesto que generalmente aquellas naciones vienen íntimamente

unidas a cuestiones sociales y económicas. De todos modos Poulantzas sale airoso de la empresa y realmente puede considerarse su obra como un auténtico tratado de Ciencia Política.

El autor entiende por la *política* las prácticas y luchas de clase en el seno del Estado. lo cual es diferente de lo *político* que designa la *estructura jurídico-política* del Estado. Pero obsérvese bien que teóricamente *la* y *lo* político pueden diferenciarse, pero en la realidad no existe tal separación. Así, Estado como estructura política y Estado como clase dominante coinciden en una realidad dada, poniéndose de este modo de relieve cómo todo intento de argumentación en pro de una supuesta dualidad entre Estado y sociedad cae en el puro idealismo.

La historia se produce en unidades sociales determinadas, cuya cohesión viene dada por la clase en el Poder. Como la existencia en el Poder de una clase implica una lucha constante con otras clases resulta que toda lucha de clases es una lucha política (puesto que su fin es la conquista del Poder político) y toda lucha de clases es el motor propiamente hablando de la Historia. El Poder ejercido por la clase dominante para lograr esa cohesión existente en una sociedad determinada se le llama Estado. De ahí que no pueda darse una completa identificación entre Poder y Estado, pues el Estado implica algo más. Implica que además de existir una clase suprema ejerciendo su poder para dominar otras clases también realiza «esa función particular de constituir el factor de cohesión de los niveles de una formación social». El Estado resulta así un producto de la clase dominante en una época determinada. Como la sociedad así formada se encuentra en una insoluble contradicción con ella misma, escindida en oposiciones inconciliables imposibles

de conjurar, la necesidad se impone de un Poder que, colocado en *aparencia* por encima de la sociedad, deba esfuermar el conflicto y mantenerlo en los límites del «orden».

Para mejor comprender esto debe distinguirse como hace Lenin entre *Poder del Estado* y *aparato del Estado*. Por *aparato* del Estado, Lenin indica dos cosas: a) El lugar del Estado en el conjunto de las estructuras de una formación social, es decir, las diversas funciones técnico-económicas, políticas en sentido estricto, ideológicas, etc. b) *El personal del Estado*, los cuadros de la Administración, la burocracia, el Ejército, etc. Por *Poder del Estado* Lenin indica en revancha la clase social o fracción de clase que detenta el Poder.

Los Estados se clasifican atendiendo, en primer lugar, a la naturaleza de la clase que detenta el Poder (así, se dice Estado capitalista, Estado feudal, etcétera); en segundo lugar, a la *forma*, es decir, a la naturaleza de las relaciones establecidas por la clase en cuestión respecto al control de las situaciones económicas de las otras clases (Estado liberal, intervencionista, etc.), y por último, según la *forma del régimen* que hace referencia de un modo estricto a las estructuras jurídico-políticas establecidas (así, presidencialista, parlamentario, etcétera). Pongamos un ejemplo en general. Con arreglo a los criterios de Poulantzas, reflejo fiel de los textos marxistas, existe en la actualidad un tipo de Estado *capitalista* predominante en Occidente; este tipo de Estado tiene varias *formas*, entre las que destaca la *liberal* y la *intervencionista*. A su vez cada una de estas *formas* puede contar con diversos *regímenes*. Así, la liberal con los de *Monarquía constitucional* o *República parlamentaria*, y el intervencionista, con las formas de régimen presidencialista americano, parlamentario in-

glés a dos partidos y parlamentario continental a multipartidismo (pág. 165).

Un profundo estudio histórico-sociológico se realiza respecto a los *modelos* de revoluciones burguesas: concretamente el caso inglés, el francés y el alemán. Se llega a la conclusión de que aún no se ha producido un *modelo ejemplar* de revolución burguesa (lo cual nos hace pensar que en la imaginación del autor existe un modelo *a priori* de revolución burguesa). «En todos los casos se observa la ausencia de capacidad política de la burguesía para llevar a cabo en una acción abierta su propia revolución. Es la incapacidad política que tanto sorprendió a Marx, Engels y Lenin» (197).

Las últimas páginas del libro se dedican a la crítica de la teoría de las élites y de la *burocracia* entendida como fuerza política independiente de las clases que las sustentan. «La burocracia está en relación con un tipo de Estado —nos dice Poulantzas de un modo que quizá le falte más argumentación: el capitalista. Localizado en el conjunto de una formación capitalista, presenta homología con la organización capitalista en los diversos sectores de producción. La burocracia representa una organización jerárquica por delegación de poder del aparato del Estado, que tiene efectos particulares sobre su funcionamiento. De este modo la burocracia en el Estado capitalista pasa al primer plano para una adecuada comprensión teórica de la infraestructura jurídico-política.

Por regla general, los efectos de la burocracia en el Estado capitalista son:

1. El axiomatismo del sistema jurídico en reglas-leyes *abstractas* generales, formales y *estrictamente* reglamentarias, distribuyendo los dominios de actividad y

2. La concentración de funciones y la centralización administrativa del aparato estatal (Marx, Engels, Gramsci).
3. El carácter *impersonal* de las funciones del aparato del Estado.
4. El modo de retribución de esas funciones en tratamientos fijos (Marx, Weber).
5. El modo de reclutamiento de los funcionarios por cooptación o designación a partir de la «cima» o aun a partir del sistema *particular* de concursos (Marx, Weber).
6. La separación entre la vida privada del funcionario y su función pública, su *bureau* (Marx, Weber).
7. La ocultación sistemática del saber del aparato del Estado, el secreto burocrático respecto a las clases (Marx, Engels, Lenin, Weber).
8. La ocultación del saber en el interior incluso del aparato, sus «alturas» detentan las claves de la ciencia (Lenin).
9. La disparidad característica entre la formación científica de las «alturas» y la incultura de las capas subalternas (Marx, Lenin, etc.).

En fin, estamos ante una obra que constituye un buen resumen de todo lo que se ha dicho sobre la política por parte de los marxistas más representativos. Se delimitan así estrictamente las nociones de clase, lucha, Poder, Estado. Al igual que tantos otros de la *teoría crítica de la sociedad* someten a duras críticas las concepciones sociológicas racionalistas burguesas de Weber, por ejemplo. Y todo ello desde un terreno filosófico y teórico que le evita el descender a cuestiones prácticas de carácter momentáneo, incapaces de dar soluciones a largo plazo como realmente pretende la filosofía marxista.—A. E. GONZÁLEZ DÍAZ-LLANOS.

## SOCIOLÓGICA

FRANÇOIS PERROUX: *Aliénation et société industrielle*. Gallimard. París, 1970; 183 páginas.

NORMAN BIRNBAUM: *The Crisis of Industrial Society*. Oxford University Press. Londres, 1969; 185 págs.

Se saca la impresión de la lectura de estos dos libros que tanto el tema de la alienación como el de la sociedad industrial han quedado ya agotados en su estudio o que son precisas concepciones nuevas y poderosas para que se nos presenten con alguna novedad o con algún nuevo poder intelectual de sugestión.

Efectivamente, el libro de Perroux analiza los varios sentidos de la alienación en Hegel y en Marx, para concluir diciéndonos que virtualmente nada aprovechable queda de sus construcciones como no sea el toque de atención que dieron ambos sobre cómo el hombre puede ser privado de la conciencia de sí mismo y de sus decisiones autónomas por las estructuras sociales, señaladamente por las estructuras de producción, aunque, por otro lado, genéricamente el trabajo, o algún tipo de trabajo, se conciba por ambos como el único modo que el hombre tiene para vencer el extrañamiento sujeto-objeto; que no es cierto que el pueblo ni la clase sean sujetos históricos relevantes y que la medida en que lo son es la medida en que el hombre está verdaderamente alienado, por cuanto suponen objetivaciones antihumanistas; que la colectivización de los medios de producción o la supresión de la propiedad privada apenas incide sobre el riesgo de la alienación, que subsiste y aún se incrementa en el proceso de burocratización que implica la producción cuya dirección o gestión se confía a funcionarios, extremo éste sobre el que hace tiempo insistió Max Weber; que los enemigos de los

hombres no son las cosas, ni siquiera las cosas en que se objetiva su trabajo, sino otros hombres concretos y determinados, situados doquiera en la estructura social, porque tampoco es cierto —esta última negación corresponde a Birnbaum, pese a que éste dice de sí propio que se sitúa dentro de la tradición marxista—, sino «en momentos de extrema cristalización no frecuente... que una clase controle el Estado y actúe inequívocamente contra cualquier otra oposición social o política» (pág. 46).

En definitiva, en Perroux se contempla una vuelta al individualismo, en la consideración de que en cada hombre existe como elemento irreductible lo que denomina un *foyer d'intencionalité* (la expresión aparece múltiples veces en el libro; ver, por ejemplo, páginas 59, 61, 67, 71 y 88), que hay que tratar de conservar arbitrando sistemas distintos de los fracasados en las experiencias históricas de «poner un sistema determinado de instituciones» con pretensiones de que éste sea capaz de salvaguardar la autonomía humana (pág. 75); vagamente se afirma que se debe «elevár el nivel de aspiraciones de los sujetos y formar pioneros sociales extraños a las rutinas y a la satisfacción» que tengan la visión precisa «para abrir caminos de superación dentro de las... alienaciones en el aparato industrial, en el complejo estatal y en el complejo del partido... que la supresión del apodamiento privado de los medios de producción deja intactos» (pág. 111).

El libro de Birnbaum es más confuso aún; su contenido —tan sugestivo en

la rúbrica de sus capítulos: clases, Poder, cultura— se disuelve en una exposición incoherente y de escasa profundidad, a la que no ayudan ciertamente la formulación de proposiciones generales de dudosa validez, ni siquiera como afirmaciones de hechos históricos o culturales (por ejemplo, «la novela, la gran forma artística burguesa fue en sus comienzos una experiencia [de las sectas] protestantes», pág. 123. O «a partir del período medieval, la herejía y la ortodoxia, el conservadurismo y la innovación luchan en las ciudades», pág. 120), ni mucho menos indicaciones petulantes y difíciles de tomar en serio del tipo

de que «estos ensayos —los contenidos en el libro— se concentran sobre sociedades respecto de las que tengo una considerable experiencia directa: Gran Bretaña, Francia, Alemania y los Estados Unidos» (pág. 98).

En definitiva, como se decía al principio, la conclusión más piadosa es la de que *sociedad industrial* y *alienación* son temas, o definitivamente gastados, o que esperan elaboraciones fuera del alcance de la reflexión común, y aun de la meramente especializada, si no van acompañadas de algún toque de genio; éste es el que, me parece, falta en estos libros.—M. ALONSO OLEA.

JAMES B. MCKEE: *Introduction to Sociology*. Holt, Rinehart and Winston, Inc. Nueva York, 1969; VII+713 págs.

Más que una introducción es este libro de McKee un manual de sociología, instrumento para «la tarea no elemental de explicar un curso elemental» de sociología en el cual queden planteados todos los problemas básicos que constituyen el contenido de la disciplina tal y como éste se concibe hoy.

Por ello lo más interesante del libro está justamente en cuál es su contenido: más que en el tratamiento de los temas que forman aquél, respecto del que debe acaso apuntarse, de un lado, el impacto profundísimo de Max Weber, que aparece citado doquiera, y sobre el que reposan partes básicas del análisis, y de otro, la tendencia del libro a concentrarse sobre problemas típicos de la sociedad norteamericana, quizá para buscar esa «relevancia» que se pide hoy a tantas ramas del saber; por cierto, y para concluir en este respecto, que aunque se maneja virtualmente toda la bibliografía sociológica norteamericana básica, el libro tiene una cierta tendencia a fijarse especialmente en los sociólogos margi-

nales o heterodoxos norteamericanos; de entre ellos, con mucho, el más comentado es C. Wright Mills, imponiéndose a nombres tales como los de Talcott Parsons o Robert K. Merton.

La parte primera del libro se refiere a «lo social» en general o a la «vida social» como objeto de estudio de la sociología. La persona en la sociedad, la interacción social y la cultura definida —a través de E. Tylor— como «el todo complejo que incluye conocimientos, creencias, arte, moral, derecho, costumbres y cualesquiera otras capacidades y hábitos adquiridos por el hombre como miembro de la sociedad» constituyen los temas básicos de esta parte, precedidos por una breve historia de la sociología como rama del saber y un análisis de la «sociología científica».

El tratamiento de los grupos sociales que viene a continuación es convencional; se establece la separación consabida entre los grupos pequeños e informales y la organización formal, estudiándose la burocracia dentro de esta última.



El estudio de la «comunidad» como marco de la organización cierra esta parte, marcándose aquí la profunda diferencia entre las comunidades urbanas y las rurales e insistiéndose sobre los orígenes y consecuencias de la urbanización creciente, dentro de la cual se analiza el fenómeno, sustancialmente norteamericano contemporáneo, de la «suburbanización», esto es, del abandono del centro de la ciudad como residencia, dejando éste como lugar de trabajo o como *ghetto* insalubre y descuidado para los núcleos de población no privilegiados o claramente discriminados.

Viene seguidamente el estudio de la estratificación social, dentro de la cual se analizan los conceptos de estamento y clase y los problemas de movilidad. Son sumamente interesantes, aunque de nuevo altamente localistas, el estudio de los grupos minoritarios, incluidos los raciales, y quizá aún más el de los *pobres*, destacándose la no identificación actual de los mismos en general con los trabajadores: básicamente el pobre lo es hoy el que está al margen del mercado de trabajo: el parado forzoso, cuyas habilidades laborales han quedado inutilizadas por los cambios tecnológicos, el anciano retirado cuyas pensiones se ven erosionadas por la inflación y el joven con formación deficiente incapaz de conseguir empleos que cada vez requieren niveles más elevados de cualificación técnica y de cultura general.

De las «Instituciones y estructura social» de las que seguidamente se ocupa el libro (la familia, la educación, la economía, el orden político, la ciencia y la religión) es realmente esmerado el análisis de la familia, cuya universalidad institucional reside, se nos dice, en los tipos de regulaciones sociales existentes siempre y en todo lugar para las relaciones entre hombre y mujer a través de las cuales se da legitimidad al nacimiento de los hijos estableciendo así al-

guna vía (y las vías son muy variadas y no todas a cargo de la familia) a través de la cual el niño adquiere *status* y derechos en la sociedad y a través de la cual la responsabilidad en cuanto al niño —en cuanto a su crianza y a su «socialización»— es asumida por alguien (páginas 356-357). No hay novedad notable en cuanto al análisis de las organizaciones políticas, económicas y educativas, y sí en cambio debe ser subrayado el que se dé entidad propia a la «ciencia» esto es, básicamente a la investigación de fondo como institución social clave.

Las consideraciones sobre la sociología de la religión descansan muy ampliamente sobre Max Weber, y quizá sea elemental en exceso el estudio de la secularización como fenómeno contemporáneo, habida cuenta de la abundantísima literatura en torno al mismo.

La «Conducta colectiva» resulta ser una parte más bien difusa del libro; aunque se delimiten con claridad relativa los conceptos de «público» y «multitud» y sus respectivas formas de actuación, el tema de los «movimientos sociales», y ligado con él el de las ideologías, al que se dedica una parte externa del libro (páginas 579 a 607), no logra ser centrado ni individualizado con precisión, ni las fuentes que se utilizan tienen la suficiente autoridad ni el necesario rigor; definir el movimiento social como el que encarna «el intento de cambiar el orden social mediante la acción colectiva» (página 582), y la ideología como «un conjunto de ideas que expresa un sentimiento de queja o injusticia sobre la sociedad» (pág. 585) no es decir nada verdaderamente significativo, sin que el desarrollo de estas ideas o de estas definiciones lleve tampoco a nada excesivamente seguro ni luminoso. Al final de esta parte se trae a colación como problema sociológico el de la demografía, reuniéndose bien datos de población muv-

«conocidos y haciéndose un excelente y sucinto estudio de las tesis de Malthus y del neomalthusianismo.

El libro concluye en dos capítulos: uno dedicado a la patología social, a qué debe entenderse por la misma, y a la medida en que la conducta desviada respecto de los cánones de conducta comunitarios usuales pueda ser debida a calidades personales estrictamente biológicas, o «aprendidas», o a la estructura social: por supuesto la figura estudiada con más cuidado es la del delincuente aislado o en grupo. El otro, último de la obra, «Los

usos de la sociología», los usos científicos puros y los usos aplicados, para concluir con la expresión, de convicción tanto como de deseo, de que la sociología «quiere ofrecer algún conocimiento a través del cual los hombres puedan ser más racionales y más humanos en las decisiones que toman sobre la organización colectiva de sus vidas, la calidad y magnitud de éstas y la dirección consciente de su cambio. Empresa valiosa por muy modestos que sean los instrumentos con que se cuente» (pág. 679).— M. ALONSO OLEA.

JULIUS GOULD (Ed.): *Penguin social sciences survey 1968*. Penguin Books. Harmondsworth (Middlesex), 1968; 212 págs.

El volumen que comentamos sigue la línea del *Penguin survey of the social science 1965*, compilado por el mismo Julius Gould. También esta vez el compilador ha redactado un prefacio general e introducciones especiales a cada uno de los artículos incluidos.

El *Survey* actual contrasta con el de 1965 sobre todo por su contenido temático. Aún admitiendo que la selección de los textos ha sido bastante arbitraria en los dos casos, es innegable que el cambio temático refleja de alguna manera el giro de las orientaciones predominantes entre los investigadores. El volumen de 1968 está así consagrado casi monográficamente a la sociología política —siempre que entendamos esta denominación en su sentido más amplio.

El propio Julius Gould (*On the power of politics*, págs. 9-15) hace notar que las nuevas promociones de investigadores adoptan ante la política una actitud ambivalente. El interés y las aprensiones crecen *pari passu*. Cada vez se admite con menos reservas que los grandes dilemas de la sociedad actual son de naturaleza política. Correlativamente, se desacredita la vieja idea de que el orden

político es mero reflejo de las «fuerzas sociales». En contraste con esa presunción de dependencia unilateral, se insiste ahora en la autonomía de la política, y se abre paso a una concepción activa (= *the active view of politics*). Donald Macrae ha expresado sin ambages el cambio de enfoque: «el orden político es esencialmente activo (= *agent*); el resto de la estructura social es pasivo (= *patient*)» (*Foundations for the sociology of politics*, 1966).

Samuel E. Finer (*Armed force and the political process*, págs. 16-33) llama la atención sobre la creciente intervención de los militares en la política. «En los últimos nueve años, nada menos que cuarenta y seis de los ciento diecinueve Estados soberanos de la tierra han sufrido golpes de Estado militares, y algunos de ellos más de uno. En concreto, el número total de golpes —afortunados o no— ha sido de setenta y nueve: un promedio de ocho al año. Brevemente: se produce un golpe militar cada seis semanas.» El autor cree que, en líneas generales, la intensidad de la intervención militar en cada país es inversamente proporcional al grado de cultura política.

La hipótesis no es demasiado original. Además, sospechamos que implica un círculo vicioso.

Michael D. King (*Science and the professional dilemma*, págs. 34-73) aborda un asunto que está lejos de perder actualidad: el compromiso cívico y vocacional de los hombres de ciencia. En los últimos años, y en los países más adelantados, los científicos han reclamado —alternativamente o a la vez— mayor intervención y mayor independencia. La primera actitud estuvo bien representada por la campaña de sir Richard Gregory en *Nature* en el período de entreguerras, así como por la formidable obra de John D. Bernal (*The social functions of science*, 1939). En cambio, Michael Polanyi ha mantenido recientemente la otra actitud. Con muy buen acuerdo, M. D. King cree que, pese a todo, no se trata, seguramente, de dos opciones incompatibles.

John y Elizabeth Newson han llevado a cabo, en Nottingham, una investigación diacrónica acerca de las diferentes formas de socialización que corresponden a las clases sociales. Su artículo (*Some social differences in the process of child-rearing*, págs. 74-97) adelanta algunos resultados. Sugiere con abundancia de pruebas que la pretendida «desaparición» o «fusión» de las clases está aún bastante lejos de producirse. La homogeneización externa encubre profundas diferencias que se perpetúan de generación en generación.

En un artículo bien documentado (*Developments in social psychology*, páginas 110-45), Thelma Veness comenta las orientaciones y los resultados de la investigación en varias direcciones: 1. Comportamiento y problemas sociales. 2. Actitudes y *mass communication*. 3. Motivación y aprendizaje social. 4. Percep-

ción social y de personas. 5. Interacción y grupos. 6. Comportamiento social de los animales. La autora se ocupa también, brevemente, de los modelos teóricos —algunos de ellos matemáticos— empleados ahora por los psicólogos sociales.

Martin Albrow (*The study of organizations: objectivity or bias?*, págs. 146-167), denuncia hasta qué punto puede ser engañoso el conceder importancia dominante a los «fines» de las organizaciones. La idea de la organización «pura» o «perfecta» es irreal. Por otra parte, la distinción apriorística entre «estructuras formales» e «informales» puede ser reducida al absurdo. Fuerza es reconocer que las estructuras «informales», antes que potencialmente nocivas, son indispensables para que cualquier organización funcione. Para no exagerar una antinomia estéril, sería conveniente que la teoría de la organización (ideal) y la sociología de las organizaciones (reales) acortaran la distancia que hasta ahora las ha separado.

Alec Nove (*The explosive model*, páginas 98-109) discute la importancia del trabajo y del capital en el desarrollo económico, y hace notar que caben varias combinaciones de ambos recursos.

Geoffrey Hawthorne y Joan Busfield (*A sociological approach to British fertility*, 168-210) constatan «que el estudio de la población se ha divorciado cada vez más de los intereses centrales de la sociología, tanto en lo que atañe a las cuestiones que se plantea como —en gran medida— en lo que se refiere a los métodos que usa para resolverlas». Dentro de la demografía «hay un plétora de datos que casi ahoga por completo la imaginación teórica». Los autores proponen —con todas las reservas— un sencillo modelo causal de la fertilidad humana.—LUIS V. ARACIL.

ELISEO VERÓN: *Conducta, estructura y comunicación*. Editorial Jorge Alvarez. Buenos Aires, 1969; 326 págs.

El volumen reúne once «trabajos publicados (o no) en diferentes lugares y escritos a lo largo de cierto número de años» (1962-68). El autor los ha agrupado bajo dos epígrafes generales: «Acción y comunicación» y «Ciencia e ideología». La primera parte es de interés general. En cambio, la segunda contiene ensayos más o menos ocasionales y polémicos.

En «La antropología estructural» (páginas 23-41), Verón opina que la obra de Lévi-Strauss ha acelerado el descrédito «de la imagen tradicional del primitivo sumergido en los laberintos de la afectividad y la irracionalidad». Esa imagen correspondía a la ideología paternalista, más o menos benévola. Frente a ella, el antropólogo francés ha afirmado categóricamente que «el pensamiento salvaje es lógico en el mismo sentido y de la misma manera que lo es el nuestro». Cabe, pues, definir *la antropología... como el estudio de las obras humanas a partir de la afirmación de la identidad de las operaciones*. Su objeto es «poner al hombre entero en cuestión en cada uno de sus ejemplos particulares». El denominador común consiste en reglas lógicas (=formales), que «no pueden ser confundidas en modo alguno con el concepto habitual de normas». Las reglas son inconscientes, sólo que —en contraste con Freud— Lévi-Strauss dice que «el inconsciente... es tan ajeno a las imágenes como lo es el estómago a los alimentos que pasan por él. Se limita a imponer leyes estructurales... a elementos inarticulados que provienen de otro lugar». La antropología intenta «una reconstrucción objetiva de los sistemas latentes, a partir del comportamiento y de los sistemas conscientes de representación».

En «El análisis estructural en cien-

cias sociales» (págs. 43-60), Verón opone el modelo estructural o semiológico (F. de Saussure, C. Lévi-Strauss) al energético o funcionalista (B. Malinowski, T. Parsons, R. K. Merton). Ambos corresponden, respectivamente, a los procesos de comunicación y a los procesos de acción. A diferencia de las relaciones energéticas, las estructurales no implican *per se* causalidad. Son relaciones lógicas o de implicación, sin «efectividad causal alguna», salvo en la medida en que las estructuras se hallan incorporadas, como sistemas latentes de relaciones, a configuraciones de conducta». Ahora bien: «En todo sistema de comunicación están presentes una "infraestructura" energética y una "superestructura" informacional.» La verdadera causalidad sociológica aparece, pues, «en la convergencia de la acción y la información; convergencia que remite, a su vez, para ser explicada... a las "bases materiales de la sociedad", es decir, a la praxis social».

En «Psicología y sociología» (páginas 61-76), el autor postula «un único universo de observables para todas las ciencias sociales: la conducta y sus productos materiales». Sociología y psicología comparten el mismo objeto y no deben supeditarse una a otra mediante un reduccionismo pansociológico o pansicológico. «La psicología general existe no porque haya una "fracción" o una "clase" de conducta humana que sea no social, sino porque (en) el nivel de la teoría psicológica general... es posible construir un conjunto de leyes e hipótesis acerca de procesos psíquicos y hacer observaciones de éstos sin tener en cuenta en qué tipo de personalidad se dan, cuáles son los grupos a que pertenece el individuo ni de qué sociedad es miembro.»

«El sentido de la acción social» (páginas 77-130) es el capítulo más extenso e interesante del volumen. En contraste con Weber, el autor cree que «la sociología empieza a existir cuando de hecho no cumplimos con la exigencia de "adoptar el punto de vista del actor"». El observador científico debe guiarse por «la idea de la *organización jerárquica de la acción*» y por «el principio de la *polivalencia semántica de la acción social*».

La acción implica una diversidad de niveles de organización más o menos idénticos a las «articulaciones» de André Martinet y a los «planos» de Louis Hjelmslev, con la salvedad de que seguramente hay más de dos. «En cada uno encontramos reglas de combinación que "controlan" la formación de las unidades correspondientes. En los distintos niveles..., la secuencia es fragmentada de distintas maneras, en unidades de diferente tamaño o "magnitud". El conjunto de reglas de todos los niveles se cumple *simultáneamente* en un mismo fragmento de conducta (...). En otras palabras: ... la configuración de unidades en un nivel sólo puede ser indicada señalando las unidades del nivel siguiente, más molar... La idea de *jerarquía* señala cómo las reglas de organización de los niveles más "altos" (= molares) controlan la combinatoria de los niveles más "bajos" (= moleculares).» Por lo tanto, no «existe un nivel de descripción que sea privilegiado al que deban ser "reducidos" los demás. Todo dependerá del propósito de la descripción», aunque es obvio que «una descripción adecuada de la conducta debe hacerse *en todos los niveles simultáneamente*».

Por otra parte, «un observador puede realizar, de una conducta o clase de conductas, una *multiplicidad de lecturas*. Y eso no debe ser considerado como un hecho meramente circunstancial. Es verdad de *toda* acción humana. (...) Para

cada variante del sentido de la conducta hay una variante correlativa del sentido de lo que para esa acción es la situación».

En los dos capítulos siguientes Verón se ocupa de «Los códigos de la acción» (páginas 159-82) y de «Infraestructura y superestructura en el análisis de la acción social (págs. 131-57). Como es sabido, hay dos tipos fundamentales de signos (icónicos y arbitrarios) y de códigos (analógicos y digitales). Verón postula un tercer género: los metonímicos (= «de contigüidad, no arbitrarios y que no suponen semejanza»). El signo metonímico está empíricamente unido a lo que representa. Tal vez sería más acertado llamarlo «síntoma». Verón hace notar que «tal vez..., desde el punto de vista genético, del aprendizaje, la contigüidad es la matriz primitiva de relación entre el signo y lo representado; quizá... el mecanismo de contigüidad, la relación metonímica, es el proceso más primitivo de simbolización».

La comunicación verbal —que es digital y arbitraria— puede desdoblarse en un plano primario (= lenguaje objeto) y otro secundario (= metalenguaje, que incluye definiciones, aclaraciones, comentarios, etc.). Ello permite una actividad reflexiva —análoga, si no idéntica, a la de la autoconsciencia—, así como la negación. Esto *no* sucede en la comunicación analógica: «el mecanismo de negación, y en general la función metalingüística... sólo son posibles en lenguajes cifrados digitalmente». «El mensaje analógico puede mencionar o proponer. Lo que no puede es afirmar o negar su propia verdad» (G. Bateson y D. Jackson, *Some varieties of pathogenic organization*, 1964).

Pues bien; Marx y Engels concibieron la superestructura y la ideología en forma de textos lingüísticos (la literatura, el Derecho, la filosofía, etc.). Pero ocu-

re que el cine y la televisión permiten hoy «la transmisión masiva de mensajes paralingüísticos y de contenidos cifrados analógicamente». Según el autor, «dicha transformación no puede ser superficial. Afecta a la estructura misma de la comunicación de los contenidos ideológicos». Los conceptos marxianos no pueden ser aplicados sin grandes reservas a la *mass communication* actual. La palabra misma «ideología» es intelectualista y no parece la más adecuada para designar la «cultura de la imagen».

El ensayo más interesante de la segunda parte del libro es «Las ideologías están entre nosotros» (págs. 277-324). El

autor airea en él los problemas de la recepción de la sociología en Iberoamérica y caracteriza la «contra-ideología» de los movimientos protestatarios estudiantiles.

Huelga decir que *Conducta, estructura y comunicación* es una obra bastante heterogénea en cuanto a temas y de un valor muy desigual. Es lástima que el autor no haya refundido sus trabajos anteriores para ahorrar repeticiones y alguna que otra contradicción. También podría haber revisado su terminología.

Afortunadamente los defectos del libro no menguan su valor, aunque sí dificultan su lectura.—LUIS V. ARACIL.

MICHEL ADAM: *La calumnia, relación humana*. Siglo Veintiuno. Méjico, 1968: 158 págs.

Hay ciertas relaciones sociales disimétricas en que el papel airoso de la persona-sujeto se opone al papel desairado de una persona-objeto. El sujeto victorioso consigue algo a expensas del sujeto vencido, que se convierte así en su juguete o víctima. Lo esencial es que existe una desigualdad: ventaja del sujeto y detrimento del objeto. Y se comprende que tales situaciones tengan siempre algo de desleal, de inicuo. Su gravedad oscila entre la broma inofensiva y la injusticia monstruosa.

El tipo de situaciones a que nos referimos abarca al menos tres grandes variedades: el engaño, la irrisión y el insulto. Más allá de su palmaria diversidad, esas —y otras— especies tienen una misma estructura genérica. De ahí que los respectivos campos semánticos se superpongan hasta casi confundirse. Pensemos en las varias acepciones de «abuso» (*abus / tromperie: abuse / vituperation*) y de «burla» (*moquerie / raillerie, insulte: mockery / deception, parody, insult*). El paralelismo entre el insulto, la irrisión y el engaño está ya implícito en

el vocabulario corriente y general. No faltan, pues, razones para subsumirlos en una categoría más amplia y abstracta. Pero no nos consta que esa categoría de situaciones haya sido enfocada sistemáticamente por nadie.

*La calomnie, relation humaine* llena una parte del vacío que lamentamos y puede muy bien ayudarnos a aclarar y ordenar algunos conceptos fundamentales. Que Michel Adam considere la detracción desde un punto de vista ético no amengua en nada el valor de su tersa y sagaz monografía. Algunas de sus observaciones serán irrelevantes desde un punto de vista científico, pero nunca nocivas.

La verdadera dificultad estriba en que la calumnia es un fenómeno más complicado que los que indicamos anteriormente. El papel del objeto se desdobra. Por una parte, existe la víctima propiamente dicha (= calumniado), sobre la cual redunda el perjuicio. Por otro lado, intervienen terceras personas (= auditorio), que, manejadas por el difamador,

se convierten inconscientemente en sus cómplices.

La calumnia no es —como el insulto— una agresión directa y franca: insolente. No entraña vejación ni provocación, sino que las esquivo. Es un ataque indirecto, oblicuo: pérfido. Por lo demás, la detracción tampoco es un engaño puro y simple, puesto que no perjudica primordialmente al engañado, sino a la víctima, que es otra persona. Hay, en suma, una relación triangular, cuyos hilos son movidos por el difamador; el único que está en el secreto y provoca artificialmente la animosidad del auditorio contra la víctima ausente.

El calumniador, pues, no se enfrenta con el calumniado, sino que orienta contra él a unas personas interpuestas, que son sus dóciles instrumentos. Produce así una división, una discordia; confróntese el étimo de la palabra «diablo». El detractor esconde a todos su propia hostilidad hacia la víctima. Sólo que, en vez de reprimirla simplemente, la transforma y multiplica creando enemistad entre otras personas y ella. El difamador provoca la impopularidad del calumniado, detrás de la cual se siente a salvo y puede permanecer anónimo.

El calumniador no atenta contra la persona de la víctima, sino contra una pertenencia externa que escapa siempre al control del interesado: la reputación. A diferencia de la dignidad, que es íntima, el crédito reside por definición en las mentes de los demás. Y es ahí donde actúa el detractor, adulterando subrepticamente la opinión o el concepto que alguien tiene de otro. Es también ahí donde la imputación calumniosa (= *rapport*) deja una mancha o estigma, que se proyecta sobre la víctima.

La detracción sería inoperante de no contar con la complicidad del juicio temerario. Toda su fortuna depende, pues, de la credulidad de las terceras perso-

nas. Pero no basta que el *rapport* sea de suyo más o menos verosímil. Para persuadir al auditorio, el calumniador procurará ante todo prevenir las sospechas que pudieran recaer sobre su propia honestidad personal. Fingirá así que él ha sido el primer escandalizado. La calumnia implica, pues, la hipocresía. Paradójicamente, el detractor se apoya en el crédito que el público le otorga a él para minar el que concede a la víctima.

La calumnia hace que la víctima caiga en desgracia ante quienes temerariamente restaron crédito al *rapport*. Y la enemistad de éstos, lejos de ser «personal», toma la forma de condena moral. La reprobación de las (supuestas) faltas del calumniado no puede basarse sino en el *consensus* ético del grupo, forzosamente impersonal. Como ese *consensus* es potencial y abstracto, es menester el *rapport* para que se actualice y concrete precisamente contra el calumniado. La discordia amañada por el difamador deriva, por lo tanto, de un acuerdo general; he ahí otra paradoja. Es una especie de unanimidad que cristaliza a expensas de una víctima, y de la cual quedan excluidos ésta y su detractor por razones contrarias.

En ese sentido, la calumnia implica también el cinismo, ya que el detractor no tiene escrúpulos en explotar unas normas morales que él mismo no acata íntimamente. Sabe que comete una falta real al imputar a su víctima faltas irreales. Y la comete despreciando las normas tanto como desprecia al crédulo auditorio. Pero tampoco éste queda limpio de culpa desde el momento que se atreve a condenar a alguien *in absentia* y sin bastantes elementos de juicio. Con todo, el comportamiento de las terceras personas es sumamente ambiguo desde el punto de vista moral. Es difícil discernir dónde acaba la ingenuidad escandalizada y empieza la malicia complacida.

La difamación puede lanzarse en forma

de libelo escandaloso, o bien como insinuación confidencial que pone en marcha los mecanismos del rumor (= *whispering campaign*). Michel Adam no menciona aquí el famoso libro de G. W. Allport y L. Postman, *The psychology of rumour* (1947). En cambio, sí que subraya la importancia que la *chronique scandaleuse* tiene en la vida política de hoy y el alcance y volumen que suelen darle los *mass media*.

De un modo u otro, conviene que el *rapport* se difunda para que la víctima se encuentre inopinadamente rodeada de una conspiración hostil que la reduzca a la indefensión. También es difundiéndose como el *rapport* difamatorio adquiere la consistencia objetiva de una *communis opinio* y se independiza enteramente del detractor que lo puso en circulación. La culpa de éste —como la de todos en general— queda diluída. De hecho, no es imposible que la calumnia cristalice y cunda sin que nadie en particular haya ejercido el papel de difamador. En ese proceso difuso cada cual es a la vez engañador y engañado, detractor y auditorio.

Antes de concluir nuestro comentario,

recordaremos que el estudio de la calumnia debería llamar la atención sobre un terreno apenas explorado sistemáticamente: el secreto y la falsedad. Se trata —claro está— de hechos de comunicación, pero que desbordan con mucho la teoría que lleva ese rótulo. Es obvio que la calumnia en particular —como la falsedad y el secreto en general— consiste, a fin de cuentas, en unas tácticas. Para explicar este orden de fenómenos, tal vez habría que instituir una teoría adicional: la estrategia de la comunicación. Existe aquí un campo extenso e importante. También hay unos cuantos conceptos que, combinados, podrían formar el esbozo inicial. Excusado es decir que la estrategia de la comunicación sería una disciplina eminentemente política. Porque no basta con aplicar los esquemas de la teoría de la comunicación a la ciencia política —cosa que ciertos autores han empezado ya a hacer—, sino que conviene construir una teoría de la política de la comunicación. Y esta última no se reduce por cierto a lo que llamamos «propaganda». Hay también bastantes otras cosas que no son menos interesantes.—LUIS V. ARACIL.

ANDREJ SIRÁCKY (Red. en jefe): *Sociológia* 1/1-4. Instituto de Sociología de la Academia Eslovaca de Ciencia. Bratislava, 1969; 393 págs.

Por primera vez en las páginas de esta REVISTA podemos comentar una publicación eslovaca dedicada a la *Sociológia*. Por la sencilla razón de que se trata de los primeros cuatro números de su primer volumen, es decir, en 1969 vio luz el primer hijo, sacado de entre las entrañas de la Academia Eslovaca de Ciencias, y cuyo padre es el Instituto de Sociología de la misma, de la capital de Eslovaquia, que pretende vivir las realidades de la vida tal como se le presen-

ten, aunque dentro de los límites que le vaya marcando el marxismo-leninismo. La libertad de investigación queda supe-  
ditada al imperio de la ideología, que no renuncia a nada, y por tanto, lo reivindica todo para sí, en exclusiva. Incluso en los dominios que pudieran abrir una u otra brecha de penetración procedente de la sociología occidental a través de las pocas ventanas que quedan iluminadas en dirección del Este, y hablando «democráticamente», del Oeste.



por cierto muy generoso en ofrecer soluciones, pero no resolver ninguna cuestión a los problemas pendientes precisamente en el bloque soviético. Sociológicamente, más que en otros sectores de la vida humana, el Este es una cosa y el Oeste otra. Una confusión de esta división «coexistencialista» podría ocasionar graves daños al progreso de la Humanidad.

La sociología marxista es, en efecto, un hijo recién nacido. Los polacos, por afición hacia todo lo francés, eran los primeros marxistas de la segunda posguerra que intentarían «sociologizar» a Lenin, extrayendo de la sociología francesa elementos que pudieran servir de punto de partida como una «feria de muestras» para los demás aliados del Kremlin. Es bien sabido que gran parte de los sociólogos franceses del siglo XIX eran «socializantes». Los marxistas-leninistas polacos fueron seguidos, casi en secreto, por sus colegas de otros países enclavados en el materialismo dialéctico. Son escasas las fuentes a este respecto, pero lo suficientemente convencibles para provocar unas decisiones de incluir, ya de una vez, también a la *Sociología* como parte integrante del marxismo-leninismo, al ejemplo de los eslovacos. Lo cierto es que la presente publicación confirma, al menos en (gran) parte, nuestras sospechas de antaño, puestas de relieve en varias ocasiones a través de algunas revistas de este carácter de habla castellana.

La *Sociología* eslovaca cuenta con una serie de colaboradores que, propiamente dicho, no son sociólogos, pero quienes desde hace años se interesaban por la sociología, sin poder presentar los frutos de sus investigaciones al «bien común socialista». Disponían de tanta libertad investigadora que, si bien tenían tiempo para llevarla a cabo privadamente, no tenían tiempo para sacar sus resultados al público. La «primavera» de

Bratislava, que se convertiría en «de Praga», permitiría, a pesar de todo, una organización y armonización de las ideas subyacentes desde 1963, y que, finalmente, acaban de encontrar, aunque en una forma bastante confusa, su bautismo número 1/1-4-1969. Es un gran paso en este terreno, a pesar de que el redactor en jefe de esta publicación, Andrés Sirácky, bien conocido en los círculos intelectuales de la Eslovaquia actual, y procedente de una nutrida minoría eslovaca de Yugoslavia, afirmara que la sociología es una *especial teoría social marxista*, que en Eslovaquia, e incluso en toda Checoslovaquia, empieza a echar raíces sólo hace seis años. Hasta 1963, la problemática sociológica estaba descuartizada entre diferentes sectores del saber académico, entre filosofía, economía, Derecho, y casi a título «ilegal», en general y sin instrumentos empíricos. El propio Sirácky lo confirma: no hubo manera alguna de profundizar la naturaleza del desarrollo social, ya que resultaba suficiente el interpretar los fenómenos sociales a base de unas interpretaciones unilaterales y dogmáticas de las ideas de Marx, Lenin y Stalin. Por otra parte, los hechos conseguidos empíricamente, u otros datos, prácticamente tenían cerrada la puerta de acceso al sistema orgánico de instrucciones para con el materialismo histórico. Lo dice Sirácky, que no es ni soviético ni checo.

No nos engañemos: a pesar de todo, Sirácky sigue siendo marxista. Todo lo enfoca desde este punto de vista. Intenta sintetizar la anterior etapa histórico-materialista y empírico-neutral, sin renunciar a la naturaleza de los principios que indica el marxismo, el partidismo (comunista) y —¡ojol— la (necesariamente) comprometida *sociología social socialista*. El mejor sociólogo del mundo tendrá trabajo para descifrar esa trilogía... (en efecto, nada enigmático, aún menos dialéctico-científico).

La última explicación de esa dialéctica de incertidumbre es que el gigantesco desarrollo de las ciencias en Occidente empieza a tomar tierra incluso en el Este europeo. Sólo que esta explosión científica y técnica ha de ser prevenida, teóricamente, en forma de los «términos» marxista-leninistas, con el fin de contrarrestar los supuestos efectos cuando ésta tome una forma concreta también en el Este. Dato de archivo: esta previsión —y prevención— sale de uno de los países más pequeños del bloque soviético, de Eslovaquia, que apenas llega a 50.000 kilómetros cuadrados de superficie (= exactamente la décima parte de España), con menos de 4,6 millones de habitantes. ¿Dónde están los sociólogos soviéticos, quienes disponen de un material humano de 240 millones de individuos y de un inmenso Imperio geográfico de más de 22 millones de kilómetros cuadrados? Porque están demasiado lejos del Occidente, y además, mientras que no necesitan de su ayuda, procuran mantener en un aislamiento general total y completo a sus pueblos frente al Occidente. Es un hecho eminentemente sociológico en este caso. Quieran o no los dueños del Kremlin, un día tendrán que admitir a la *Sociología* como una parte de su «sistema científico» de interpretación histórica del mundo. Entonces las estructuras actuales cambiarían —y pondrían en peligro la existencia de la U. R. S. S.—. Un pueblo pequeño, sojuzgado por el Kremlin y por Praga, no pierde nada al propugnar nuevas corrientes científicas. Sin embargo, un país como la Unión Soviética, la segunda superpotencia mundial, al lanzarse por este camino lo perdería todo. A pesar de las convicciones marxista-leninistas de los sociólogos eslovacos, habría de concedérseles el valor de ser vanguardistas de una ciencia eminentemente occidental en el seno de

un mundo radicalmente antioccidental. Especial interés cobra este hecho de haberse iniciado la publicación de la revista trimestral *Sociología*, del Instituto de Sociología de la Academia Eslovaca de Ciencias (= SAV), algunos meses después del día 21 de agosto de 1968, noche de una invasión «fraterna» a favor de la conservación de las «conquistas sociales» del pueblo eslovaco.

La publicación recoge algunos problemas de carácter general y particular eslovaco, hecho comprensible por tratarse de un primer volumen, ciertamente con el fin de «autodeterminarse» y como tal presentarse ante sus lectores. El primer número está dedicado, lógicamente, a la sociología eslovaca; el segundo y tercero (número doble) amplía su campo de observaciones ya un poco más allá, aunque con precaución. En el número 4, A. Sirácky da un paso más versando sobre la problemática que de por sí plantea un análisis de la sociedad socialista. Intervienen expertos en psicología, asimismo aficionados a la sociología rural, industrial, de la familia y de la juventud, de la religión; algo de todo para que el interesado vaya dándose cuenta del rumbo que la sociología eslovaca empieza a tomar en su camino proyectado, que en ningún caso será fácil.

Al margen de esta observación es preciso subrayar un hecho completamente imparcial: es la *sociología eslovaca*, es decir, ni checa ni «checoslovaca», fenómeno que a continuación habrán de absorber —y respetar— todos los sociólogos del mundo. Pues a cada pueblo lo suyo, dentro de los problemas que en el mundo moderno plantea la sociedad industrial, muy presente también en Eslovaquia. Informes e informaciones, comentarios, recensiones y noticias de libros constituyen una apreciable fuente de co-

nocimientos sobre la sociología en todos los países del bloque soviético. Y el lector oriental también dispone de informa-

ciones sobre el desarrollo de la sociología «burguesa» (= occidental).—S. GLEJDURA.

GIAN ENRICO RUSCONI: *Teoría crítica de la sociedad*. Società Editrice Il Mulino. Bologna, Italia, 1969: 348 págs.

Investigar sobre las raíces de un movimiento científico social que ha suscitado enorme polémica en los últimos años no es empresa fácil. Rusconi lo intenta, sin embargo, y si no llega a ser por el uso de expresiones y el empleo de frases algo retorcidas y de difícil interpretación creemos que lo hubiera logrado plenamente. Las fuentes manejadas son numerosas. El estudio de quienes, a su juicio, son los mejores representantes de la *teoría crítica de la sociedad*, Horkheimer, Adorno y Marcuse, es concienzudo y profundo.

Con un trasfondo *hegeliano*, esta teoría crítica recoge la herencia del marxismo occidental de los años veinte e interpreta los planteamientos críticos y dialécticos de la sociología alemana como una crisis de la «racionalidad» burguesa y contemporánea.

La obra, de difícil lectura por su complicada sistemática, constituye el más completo estudio analítico sobre el tema y a la vez «un primer balance del proceso intelectual que ha llevado a las tesis de los críticos sociales desde la revolución frustrada de los años veinte, a través de las polémicas entre marxismo y sociología, hasta su enfrentamiento con el nazismo y la sociedad industrial avanzada en sus versiones capitalista y soviética».

Considerar que las metas a alcanzar por la *teoría crítica*, el logro de una sociedad en la que impere totalmente la *felicidad instintiva*, sean imposibles de realizar supondría la calificación de «utópicas». Mas hay un esfuerzo supremo por demostrar, de un lado, que la total

liberación del Eros de la represión no cae de lleno en el reino de las fantasías, y de otro, que la tesis de la coincidencia entre «lógica formal» y «política represiva» poco a poco va siendo asimilada por los más destacados pensadores contemporáneos. Principio y objetivo de la *racionalidad dialéctica* encarnada en la teoría crítica es la nueva perspectiva de *felicidad*, opuesta a la sublimación represiva, que caracteriza toda la estructura socio-política de la civilización contemporánea. El análisis de Rusconi carga el acento no tanto en el contenido de esa «nueva perspectiva», como en el estudio de las categorías epistemológicas y metodológicas que harían factible tal construcción teórica.

Con Lukács el marxismo vuelve al discurso teórico en sentido estricto, el cual los marxistas dogmáticos habían considerado ya clausurado de una vez para siempre. No se trata ya de una alianza filosófica entre marxismo como doctrina socio-económica y kantismo o cualquier otra «filosofía» autónoma. La originalidad estriba en la «asunción de la *praxis* en el interior mismo de la teoría de la totalidad». La esencia de la *praxis* reside en la supresión de la indiferencia de la forma con respecto al contenido. Mientras el pensamiento proceda ingenuamente, es decir, cree poder deducir los contenidos de las formas mismas, atribuyéndoles funciones metafísicas activas, o bien mientras considera el material ajeno a las formas o como no existente, no puede darse la adecuada relación entre *praxis* y teoría, encontrándose aquella con una total subordi-

nación a ésta, y por tanto, con una postura puramente contemplativa.

Del largo proceso intelectual y político de Korsch, Rusconi alude solamente a algunas etapas, deteniéndose principalmente en su obra merecidamente más famosa, *Marxismus und Philosophie*. La acusación de Korsch contra el leninismo es concreta y violenta, partiendo de la misma filosofía marxista. Considera este pensador que la «transformación materialista» de Lenin es una modificación terminológica, consistente en no llamar al Absoluto «espíritu», sino «materia». Más aún, el materialismo de Lenin es peor que el «espíritu» de Hegel, pues no sólo anula la última transformación de la dialéctica idealista realizada por Marx y Engels, sino que lleva toda la confrontación entre materialismo e idealismo a un nivel histórico anterior que la filosofía alemana había ya superado desde Kant y Hegel. La postura de Lenin, en íntima relación ideológica con su teoría político-económica del imperialismo, tiene sus propias raíces materiales en la situación económica y social propia de Rusia, y en las tareas políticas particulares, teóricas y prácticas que parecen imponerse y efectivamente se imponen a la revolución rusa por un período estrictamente limitado... «Por ello —concluye Korsch— la filosofía materialista de Lenin que sirve de fundamento ideológico a esta teoría no representa la filosofía revolucionaria contemporánea.»

La obra más madura y significativa que sintetiza las reflexiones y análisis de los intelectuales de la *teoría crítica* sigue siendo la *Dialéctica del iluminismo*, redactada por Horkheimer, en colaboración con T. W. Adorno, y que puede ser considerada como el «Manifiesto» de esta

teoría. La dialéctica adorniana supera el límite convencional entre lo lógico, pre-lógico y metalógico, insertando en la matriz hegeliano-marxista original contenidos psicoanalíticos y sociológicos. Con este tipo de proceder asistimos, en primer lugar, al paso inmediato y directo de consideraciones de orden «científico» a otras de orden filosófico o histórico, no sin imprevistas peticiones de principio de orden exquisitamente ético. En segundo lugar, asistimos también a la superación de la rígida «filosofía» o meta-psicología freudiana en la lógica hegeliana como una singular ilustración de las tesis analíticas que, lejos de perder vigor, adquieren una nueva e imprevisible eficacia.

Todo esto es dialéctica. Pero una dialéctica sin «síntesis» orgánica, sin punto culminante, final, que se satisface en la conciencia de la verdad hegelianamente o en la transformación de la *praxis* total, marxianamente. Con esta arma metodológica contundente Marcuse intenta llevar a sus últimos extremos la *teoría crítica de la sociedad*. Se pone así de relieve que lo que comúnmente se llama «racionalidad» no lo es objetivamente, sino que, por el contrario, los hombres han desarrollado un comportamiento «racional» apto para continuar y desarrollar una relación de dominio sobre ellos mismos. Racionalidad científico-técnica y manipulación social son una misma cosa. Hoy la dominación se ejerce no a través del terror, sino a través de la simple lógica tecnológica. «En la construcción de la realidad tecnológica no existe nada semejante a un orden científico puramente racional; el proceso de racionalidad tecnológica es un proceso político.» A. E. G. D.-LL.

ELISABETH NOELLE: *Encuestas en la sociedad de masas*. Traducción de Eloy FUENTE. Alianza Editorial. Madrid, 1970; 422 págs.

¿Qué es una «entrevista»? Una consulta oral, tipificada, de personas escogidas según principios estadísticos. Para los entrevistados es generalmente una conversación viva, personal; para el entrevistador, una consulta esquemática fijada en todos sus detalles; desde la perspectiva del investigador situado tras el entrevistador, una situación experimental, de la cual podrán deducirse una serie de hipótesis generales.

Lo difícil de este tipo de entrevista es el determinar qué realmente ha de preguntarse. Aquí debe distinguirse entre *cuestión a comprobar* y *pregunta de prueba*. Lo primero designa el tema; lo segundo contiene el texto de la pregunta, tal como se dirige uniformemente a los entrevistados. La delimitación del universo supone el concretar a quién ha de referirse la investigación. Sobre esto no caben en absoluto reglas fijas, aunque sí para la selección dentro de ese universo de las personas que realmente han de ser entrevistadas, la *muestra*. Surgen entonces estas tres cuestiones: de qué tamaño ha de ser la muestra, cómo ha de realizarse la selección de los elementos a incluir en la muestra y hasta qué punto se puede confiar en los resultados de muestras, es decir, hasta qué punto reflejan suficientemente bien la verdadera situación.

En principio podemos distinguir dos métodos para la selección de muestras representativas: métodos de selección al azar que se aproximan todo lo posible al modelo teórico de probabilidad y método de selección con ayuda de cuotas que indican al entrevistador cuántas personas ha de consultar entre los diversos grupos de población. Con numerosos ejemplos se explican las diferentes va-

riantes dentro de cada uno de los métodos citados.

En los métodos de selección tratados hasta ahora se intentaba seleccionar personas para una encuesta única. Con el método de cuotas, los entrevistadores reciben la instrucción de no entrevistar a la misma persona más de una vez cada seis meses. Hay, sin embargo, un tipo de encuestas representativas en las que siempre se consulta a las mismas personas una y otra vez. Estas forman, siguiendo la expresión usada por los ingleses, un *panel*, un círculo cerrado, que en su composición ha de constituir una muestra representativa.

La selección de los entrevistadores ha sido una materia poco cuidada en las entrevistas. Ha de haber realmente una selección cuidadosa de los mismos, y no tanto adiestramiento, como generalmente se cree. El entrevistador ha de *encontrarse*, no *formarse*. La pregunta sobre de qué madera ha de estar hecho el entrevistador ideal puede ser contestada con la fórmula concisa de «un meticoloso con don de gentes».

Tal como están anotadas las respuestas por los entrevistadores en el cuestionario no podemos contarlas. Eso es evidente. Hay que disponerlas, *codificarlas* y reunir las. Para llevar a cabo esto formamos una serie de grupos o categorías que puedan ser suficientes para que en ellos puedan caber todas las respuestas que podamos recibir a una pregunta. Establecer grupos y clasificar las respuestas: eso es la *codificación*. Como es lógico, la técnica de la valoración determina la codificación.

¿Cómo ha de ser expuesto todo el material recogido a fin de que sea adecuadamente utilizable por el investiga-

dor? Esto lo estudia la autora en el capítulo VI, sobre la valoración y el análisis. Después del recuento del conjunto de fichas podemos confeccionar ya los primeros cuadros, por ejemplo:

Pregunta: ¿Se duerme usted por lo general, fácil o difícilmente?

	Resultado total
Fácilmente .....	56 por 100
Regular .....	21 por 100
Difícilmente .....	23 por 100

Estos cuadros sencillos, *unidimensionales*, con el resultado total, constituyen el punto de partida de cualquier informe. Su valor está en la *descripción* de las circunstancias, no exponen todavía ningún análisis. Se aducen varias razones para que siempre se expresen los resultados de las encuestas normalmente con números porcentuales y no en números totales, aunque, sin embargo, pudieran darse algunos casos en que también fuese conveniente esto último.

Los primeros pasos del *análisis* del material de la encuesta consisten en completar los cuadros *unidimensionales* mediante la elaboración de cuadros *pluridimensionales*. Dicho de otro modo: junto al resultado total contamos y comparamos por separado los resultados correspondientes a los diversos subgrupos. Si estos grupos se distinguen por una sola característica, por ejemplo, la edad, obtenemos un cuadro *bidimensional*; si por varias como profesión, localidad, et-

cétera, tendremos un cuadro *pluridimensional*.

Llegamos con todo esto al *informe* final. Mientras todo hasta ahora ha sido descrito con datos muy concretos, el informe es *abstracto*. Un *cuestionario* es generalmente tanto mejor cuanto más *concreto* sea: cuantos menos conceptos abstractos aparezcan en las preguntas de prueba y se haya conseguido de modo más completo la traducción a imágenes, situaciones y experiencias, tanto más fielmente nos podremos entender con los entrevistados, pues el pensamiento, como el lenguaje de la mayoría de las personas, contiene pocos conceptos abstractos. El *informe* sobre los resultados de un estudio es tanto mejor cuanto más *abstracto* sea, cuanto más condensado esté, cuanto más valor general tenga la redacción de las respuestas a las preguntas del programa de estudio, derivado de datos justificados estadísticamente y presentados en el informe, convertidos en reglas que posibiliten las explicaciones y las predicciones.

En resumen, estamos ante un auténtico manual de la técnica de las entrevistas, con numerosos ejemplos muchas veces extraídos de casos reales. Las representaciones gráficas ayudan muchísimo a una mejor comprensión del texto. Otras pretensiones de la autora, como el intento de extraer una serie de consideraciones generales y teóricas en torno a la técnica de las entrevistas, sería cuestión de una mayor matización. El libro es, desde luego, aconsejable a toda persona interesada en la técnica de las entrevistas y sondeos.—A. E. GONZÁLEZ DÍAZ-LLANOS.

## PENSAMIENTO POLITICO

*The Republic of Plato*, traducción, notas y ensayo interpretativo de Allan BLOOM, Basic Books. Nueva York, 1968; XX+487 págs.

El intento de Bloom en la parte básica de este libro, que es, por supuesto, la versión inglesa de *La República*, es ofrecer una nueva traducción de la gran obra clásica, apartándose lo menos posible del original griego; lo que se quiere es «liberar al lector de la tiranía del traductor», eliminando la interpretación de éste en cuanto incorporada a la traducción misma y ofreciendo el texto con sujeción absoluta a la forma y giros utilizados por Platón. En el prefacio se ofrecen numerosos ejemplos de en qué ha consistido el intento, polemizado con la muy divulgada versión «interpretativa» inglesa de Cornford.

Las concepciones del traductor se llevan en este caso al largo (págs. 307 y 436) «ensayo interpretativo», respecto del que conviene destacar la excelente caracterización que se hace de los varios interlocutores de Sócrates en el diálogo y de cómo éste reacciona según la personalidad y el talante de aquéllos; también los varios planos en los que se desarrolla el enfrentamiento de la poesía con la filosofía, y la nueva poética

socrática, trascendida la mera imitación o descripción personal de la realidad. En cambio, no es especialmente novedoso el análisis del mito de la caverna con que se inicia el Libro VII, ni se exploran en profundidad todos sus complejos y sutiles matices.

Las notas muestran la enorme erudición griega de Bloom; en ellas se dan los datos precisos sobre las múltiples referencias que el diálogo contiene sobre personajes, obras y situaciones contemporáneas y se examinan las posibles versiones discrepantes o variantes respecto de determinados pasajes, aun traducidos literalmente.

La finalidad entera del libro, y especialmente la de su traducción, es la del acceso a Platón del lector contemporáneo que domine el griego; muy pertinentemente se recuerdan al respecto, en el párrafo inicial de la obra, las traducciones latinas que permitieron a Santo Tomás de Aquino erigirse, sin dominar tampoco el griego, en el intérprete supremo de Aristóteles.—M. ALONSO OLEA.

HERBERT MARCUSE: *Psicoanálisis y política*. Nueva Colección Ibérica. Ediciones Península. Barcelona, 1969; 155 págs.

Con la publicación de este bello librito inicia su singladura editorial una nueva colección de libros de bolsillo, que, a la vista de los primeros títulos que tiene programados, debemos confesar que resulta muy prometedora. La colección, además, presenta una característica especial: no trata, no pretende y no desea ser popular, sino, por el contrario,

está orientada a un público selecto, estudioso, y desde luego, profundamente formado intelectualmente. La nueva colección se presenta así con un nivel académico excepcional. Nivel imprescindible para conocer con cierto detenimiento el origen, la estructura y las posibles soluciones que demandan los problemas que la sociedad contemporá-

nea tiene planteados. Digamos, por último, que en esta nueva colección alternarán los autores clásicos —clásicos, a nuestro parecer, en el más riguroso sentido de la palabra— con los pensadores contemporáneos más destacados. La nueva colección implica de esta forma un paso hacia adelante en el inexorable proceso de evolución cultural, pero a la vez también significa una represión a la aportación realizada por los hombres que en el paso de las generaciones nos han precedido.

El primero, pues, de los volúmenes de la nueva colección está dedicado, como queda expuesto, a Herbert Marcuse. El lector suspicaz podría pensar, efectivamente, que los miembros rectores de la nueva colección han pretendido, al lanzar la edición de estos libritos, causar un rápido y decisivo impacto. Para ello, por supuesto —Marcuse es un intelectual que hoy goza de altísima cotización—, nada más idóneo que la publicación de cualquiera de los libros del inquieto, sugestivo e incomprendido pensador. Sin embargo, si observamos este hecho desde una perspectiva objetiva, sería y rigurosamente intelectual, podemos llegar a una conclusión elocuentemente positiva, a saber: que el fenómeno intelectual más importante de nuestros días se llama, sin duda, Herbert Marcuse.

Son, pensamos, muy pocos los trabajos que de este polémico autor faltan por traducir al castellano. Quiere esto decir, desde luego, que los lectores españoles pueden, a la vista de las obras marcuserianas que tienen a su disposición, formar ya con carácter categórico su juicio crítico sobre el fenómeno marcuseriano. Nos tememos, a pesar de todo, que Marcuse no llegue a ser comprendido plenamente por los intelectuales españoles, y la causa de ello no estriba, como alguien pudiera pensar, en el hecho de que la formación de nuestros

intelectuales sea deficiente, sino, por el contrario, en la circunstancia de que, quiérase o no, los escritos de Marcuse son el fruto directo, a su vez, de todo un conjunto de fenómenos de índole social, política y psicológica. Marcuse es el exponente máximo de una sociedad en crisis, o si se prefiere, en radical renovación. Ciertamente, como ha escrito un pensador español, de pocos años a esta parte se han producido cambios sociales muy profundos, pero sobre todo cambios de mentalidad y de principios. Ha habido una profunda transformación de los valores vigentes y de las verdades tradicionales. El mundo, la sociedad, el hombre de hoy se han abierto a perspectivas totalmente nuevas y han comenzado a funcionar con unas pautas radicalmente distintas de las existentes hasta ahora. Por consiguiente —seguimos el pensamiento del profesor López Calera—, esté destruir el pasado y este abrirse a formas nuevas han producido una lógica convulsión que no puede menos de constatarse. La literatura marcuseriana es, ciertamente, un exponente de esa inmensa sinfonía de la desorientación, la angustia, la adversión y la injusticia que limitan el panorama espiritual del hombre contemporáneo. Por lo tanto, sin comprender las íntimas peculiaridades de la problemática que atenaza a la sociedad contemporánea no puede entenderse plenamente el mensaje marcuseriano. Esta labor, desde luego, lleva mucho tiempo, es compleja y exige una alta dosis de paciencia. Nuestros intelectuales, sabido es —salvo muy cualificadas excepciones—, actúan precipitadamente, rehuyen el examen de los problemas arduos, y por supuesto, carecen de la adecuada serenidad. Por eso, insistimos; Marcuse no será del todo comprendido en España.

En *Psicoanálisis y Política* —libro en el que se contiene el texto de tres conferencias pronunciadas por Marcuse:



«Teoría de los instintos y libertad», «La idea del progreso a la luz del psicoanálisis» y «El problema de la violencia en la oposición»— es posible advertir una vez más que la gran cualidad intelectual de Marcuse reside en ser un profundo crítico de la sociedad contemporánea, y especialmente un apologista de la libertad. La libertad, en definitiva, la entiende el autor de estas páginas como *una forma de poder*. Naturalmente, para comprender la tesis marcuseana es preciso no perder nunca de vista que el autor juega siempre, especialmente cuando se refiere a la libertad, con los predicados freudianos. Marcuse ha logrado, en cierto modo, un renacimiento del psicoanálisis. Por consiguiente, no debe de sorprendernos su afirmación de que, en la actualidad, la Psicología sea una parte esencial de la Ciencia Política. Marcuse, que tiene el mérito indiscutible de tratar de justificar sus afirmaciones más categóricas nos dice, en relación con la cuestión que nos ocupa, que no pretende introducir conceptos psicológicos en la Ciencia Política, ni, mucho menos, el explicar psicológicamente los acontecimientos políticos de nuestro tiempo. Todo lo contrario, subraya, lo que pretendemos es bien sencillo: que la Psicología en sí misma debe revelarse políticamente; no solamente de modo que la psique aparezca cada vez más inmediatamente como una porción del todo social—de modo que la individuación sea casi equivalente a no participación, incluso a culpa, pero también al principio de la negación, de la revolución posible—; sino también de tal modo que lo general, parte de lo cual es la psique, sea cada vez menos «la sociedad» y cada vez más «la política», es decir, la sociedad caída en manos del Poder e identificada con él.

En este libro, como en todos los suyos, Marcuse acusa a la sociedad actual de haber reprimido la libertad, la auténtica libertad del hombre. En todo caso, la

libertad aparece para el autor como algo extremadamente complejo y, al mismo tiempo, pendiente de un profundo examen. Hay que estudiar el fenómeno de la libertad con todo respeto, objetividad y seriedad científica. Marcuse subraya que siempre que se decide a usar la palabra «libertad» experimenta una indefinible sensación. «Vacilo al usar la palabra—escribe— porque es, precisamente, en nombre de la libertad que se cometen los crímenes contra la Humanidad.» Esta situación, expone en otro lugar de su libro, no es nueva en la Historia: la miseria y la explotación han sido productos de la libertad económica; una y otra vez los pueblos han sido liberados en todo el mundo y esta nueva libertad se ha convertido en sumisión no a la voluntad de la ley sino a la voluntad de la ley de los otros. Lo que empezó como sujeción por la fuerza pronto se convirtió en «servilismo voluntario», colaboración en la reproducción de una sociedad que ha convertido el servilismo en una cosa cada vez más ventajosa y agradable. Por lo tanto, la reproducción, mejorada y aumentada, de los mismos modos de vida ha acabado significando—cada vez más clara y conscientemente— la cerrazón de todos los modos de vida que podían eliminar a los siervos y a los amos y a la productividad de la represión.

Las páginas, pues, de *Psicoanálisis y política*, nos permiten apreciar la dimensión, hoy por hoy, menos estudiada y, consiguientemente, menos comprendida de Marcuse: la filosófica. Un pensador que considera que hay que acabar de una vez por todas con el hecho, triste y lamentable, de que el hombre puede destruirse y volver a comenzar una y mil veces. Efectivamente, hay que impedir que la ciencia, la tecnología y el dinero vuelvan a emprender la destrucción y, después, la reconstrucción según su propia imagen.—J. M. N. DE C.

## TEMAS DEL MARXISMO Y COMUNISMO

REIMUT REICHE: *La sexualidad y la lucha de clases*. Editorial Seix Barral, Barcelona, 1969; 285 págs.

La primera pregunta que, sin duda, ha de hacerse todo aquel que se encuentre en presencia de este libro es la siguiente: ¿Qué tiene que ver la lucha de clases con la sexualidad? Sabido es que en torno del movimiento marxista se admiten toda clase de conjeturas y especulaciones y, en verdad, en alguna que otra librería de viejo es posible encontrar rarezas bibliográficas sobre este tema ya tan agotado, tan en declive y tan insustancial como lo es; no creemos que nadie pueda disentir de este juicio, el ocuparse de la ideología marxista. Sin embargo, justo es reconocerlo, por uno de esos milagros intelectuales nuestro tiempo está produciendo la mejor y más amplia bibliografía marxista. La calificación de mejor no la otorgamos gratuitamente sino, lógicamente, a la vista de la originalidad con la que políticos y pensadores están logrando penetrar en la intimidad absoluta del marxismo.

Uno de esos libros «raros» lo constituye, efectivamente, las páginas de las que, aquí y ahora, damos noticia. Si el título de la obra es de por sí importante, su contenido, claro es, aún lo es más, y, sobre todo, el que su autor sea un jovenísimo sociólogo alemán que ha militado, no sabemos si con positiva o adversa fortuna, en el grupo extraparlamentario «Sozialistischen Deutschen Studentenbundes». Por otra parte, en rigor, esta es la primera obra formal del autor y la que, consiguientemente, ha gozado desde el momento inicial de su publicación del fervor popular. Debemos reconocer, desde ya la profundidad, la novedad temática y, desde luego, el deseo de abrir un nuevo cauce en los estudios marxistas.

Conviene, sin embargo, advertir que

estas páginas aunque, como más adelante veremos, se ocupan de algunos aspectos interesantes del marxismo, por ejemplo, de la lucha de clases —que no sabemos por qué sigue manteniendo una sugestiva vigencia— están, en su mayor parte, dedicadas a la exposición del resultado actual de las discusiones y disputas práctico-políticas más recientes, desarrolladas realmente en la República Federal alemana, con respecto a sexualidad, lucha política y liberación social (pág. 8).

La primera clave que el autor nos ofrece para poder comprender la finalidad de su libro —finalidad que hay que aceptar con ciertas reservas— está inserta en las primeras páginas de la obra cuando, precisamente, escribe que en el análisis de los conflictos de clase anteriores al fascismo se podían distinguir indiscutiblemente tres clases sociales: el proletariado, la pequeña burguesía y la clase dominante. En él se podía considerar —subraya (pág. 15)— la segunda clase objetivamente con el desarrollo del proceso de monopolización del capital, progresivamente y finalmente en su mayoría, también económicamente, como proletario. Sin embargo, objetivamente esta parte de la pequeña burguesía jugó ideológicamente un papel de funcionario de la clase dominante; sentía como ella o, por lo menos, lo intentaba, y actuaba en interés de ella, bien económicamente de hecho, como «mediador» entre las clases dominante y dominada, o ideológicamente como agente de intereses socioeconómicos de dominación: como pequeño comerciante, maestro, funcionario, empleado. Por eso —añade más adelante Reiche—, con anterioridad al fascismo el proletariado parecía predestinado, debido a

su situación en el proceso de producción, a reconocer subjetivamente la explotación de la sociedad capitalista como portavoces de toda la sociedad, hacerlo consciente objetivamente en la lucha de clases, y superarlo en la revolución en nombre de toda la sociedad. Sin embargo, en la actualidad tiene que insertarse un elemento más en este proceso, correspondiente al perfeccionamiento de la explotación y encubrimiento de las confrontaciones de clase. Con este nuevo elemento debe de responderse a la pregunta: ¿Qué clase es la que lucha? (pág. 21).

A partir, pues, del segundo apartado de la obra el autor pierde el hilo del tema del capitalismo y la lucha de clases y orienta su trabajo en torno del tema del esclarecimiento del concepto de la «sexualidad» a la que no duda en considerar como una de las fuerzas más poderosas que delimitan, en la actualidad, la acción del individuo. Previamente a la exposición de ese concepto que, por otra parte, queda expuesto muy marginalmente, el autor considera que, ciertamente, la función represiva de la sexualidad y del esclarecimiento sexual en la primera y segunda etapa del capitalismo pueden resumirse del modo siguiente: el modo de producción capitalista requería, para poderse establecer socialmente, de un principio de rendimiento tan arraigado en la estructura psíquica de los individuos que hiciera innecesaria la imposición constante desde fuera, para que ésta pudiera funcionar como una coerción interna. Este principio valía —destaca Reiche (pág. 59)—, en primer lugar, para los grupos que llevaban a cabo el modo de producción capitalista y la acumulación primaria, y que en este proceso se establecieron como clase dominante. Todavía no era efectivo para las capas sociales que antes como después estaban sometidas a las peores represiones externas, es decir, para la clase dominada. Bajo el dominio de este principio de rendimiento,

la sexualidad tenía que reprimirse decisivamente. Constituyentes esenciales del placer sexual tenían que hacerse tabú y los restantes elementos del placer sexual «legítimo» tenían que debilitarse y disociarse.

Dedica Reiche un breve apartado al estudio de la «Homosexualidad latente e igualación de los sexos» que, en efecto, nos parece lo mejor de su libro. Aunque, como el lector del mismo podrá apreciar, Reiche cita en distintas ocasiones a Freud y, sin embargo, no duda en afirmar que, en la actualidad, no se sabe gran cosa sobre esta materia. En rigor, a pesar de la profundidad con que el autor se ocupa del estudio de la cuestión reseñada, tampoco abre cauce interpretativo que pueda ser considerado de definitivo. Recordemos, al menos, su conclusión final, a saber: que la tensión entre los sexos ha sido reforzada socialmente con violencia en todas las culturas que han existido hasta la actualidad y se han mantenido bajo una enorme coerción. Aquella no perdería su poder con un grado de desarrollo cultural del Yo superior —éste puede describirse simplemente como socialista— si exteriormente y durante largo tiempo no hubiese sido fuertemente acentuada. Antes bien, su desaparición sería la señal externa de la acentuación de los sexos —tabú de la homosexualidad, distinción específica de los sexos en el vestir, corte de pelo, gesticulación, movimientos y del conjunto comportamiento social— de una enorme individualización de los desniveles de tensión, entre los sexos y la definitiva humanización de sus relaciones (pág. 199).

El autor, casi al final de su libro (página 201), se muestra interesado por encontrar la significación del término —hoy en plena vigencia en el campo de la Psicología experimental— «defensa de la desublimación represiva». Defensa —subraya— es un concepto referente tanto a las luchas políticas, como a las luchas

psíquicas. En ellas el momento de la liberación se valora de manera distinta. Como concepto político describe formas de lucha de la clase dominada contra los «abusos» de la clase dominante, en situaciones en las que los conflictos de clase se caracterizan por la falta de experiencia de la clase dominada para hacer valer sus intereses materiales, por cuyo motivo esta clase precisamente sólo se defiende de abusos extremos de la clase dominante y no realiza una lucha continuada y consciente contra el conjunto del sistema que produce estos «abusos». Lo característico de las luchas de defensa en el ámbito de la Empresa —huelgas furiosas, protestas contra el cierre de cantinas, huelgas preventorias— es que se lucha por el nivel salarial existente o por la conservación de los puestos de trabajo y servicios sociales. Bajo la expresión «defensa de la desublimación» debe entenderse la defensa del Yo. Esta defensa, hoy por hoy, se consigue tratando de llevar a la mente del individuo algún ideal decisivo. Así, por ejemplo, esto se intenta actualmente en el marco político mediante identificaciones con la lucha de liberación de los países del Tercer Mundo. La identificación —subraya el

autor (pág. 245)— es, por cierto, la condición, pero no constituye todavía la base suficiente para la formación de un ideal del Yo. Las identificaciones con el Vietcong, con Che Guevara o con Mao están simplemente «sobrepuestas» en la mayoría de los estudiantes y adolescentes, de manera análoga al mecanismo de la intelectualización en la pubertad «clásica». Sus héroes —destaca Reiche— no tienen realmente la función del ideal del Yo, si bien, felizmente, tampoco tienen una función del Super-Yo rígido. No viven realmente según sus modelos revolucionarios; tan sólo se dejan barba con frecuencia, visten con blusas azules, escriben ¡Venceremos! en sus cartas y manifiestos.

Es grande, debemos de consignar, el interés que despierta este libro. En sus páginas se contienen muy positivas conclusiones pero el hecho de querer realizar a través del mismo una divulgación de dos temas tan antagónicos, quiérase o no, entre sí como el de «la lucha de clases» y «la moral sexual de la sociedad contemporánea» le resta, en no pocos capítulos, brillantez, espontaneidad y sinceridad.—J. M. N. DE C.

## RELIGION

RENÉ COSTE: *Evangelio y política*. Traducción de J. M.ª DE LLANOS. Cuadernos para el diálogo. Madrid, 1969; 315 págs.

¿El modo de vida buscado por la doctrina evangélica es enteramente ajeno, neutro y reactivo a la política o implica unos criterios de acción interhumana que pueden, deben y quieren inspirar e informar la actividad política de los que se guían por el mensaje de Cristo? La pregunta no es nueva, precisamente: una gama de posiciones divergentes y contrapuestas han querido responder a ella desde todos los ángulos de la Historia y

la opinión. Coste quiere replantear la cuestión desde sus mismas raíces y en toda su profundidad, saliendo a la vez al paso de todos los errores y malentendidos en esta materia a lo largo de siglos y polémicas variopintas. El punto clave de la cuestión radica, según Coste, en una puntualización tajante: Hay que distinguir entre técnicas de la política y espíritus de la política. El Evangelio no aboga por ningún patrón técnico es-

pecífico de organización política (ni siquiera «democracia cristiana», monarquías de derecho divino, pluralismo de partidos, etcétera) pero sí entraña esencialmente un espíritu de justicia, hermandad y caridad entre todos los hombres, una actitud para con nuestros semejantes que tienen que realizarse necesariamente en nuestro comportamiento colectivo y en nuestro *modus vivendi* político, si nuestro ser cristiano es auténticamente evangélico. Existe un tajante y perentorio *deber de caridad* que no se reduce a exigirnos determinados comportamientos interindividuales (limosna) o comunitarias (ayuda organizada al necesitado) sino que debe llevarnos a intentar la mejora del todo social a través de la acción política directa, individual y colectiva.

El autor estudia y critica sucesivamente las bases doctrinales (rationales, bíblicas, pontificias...) de las diversas posturas en pro o en contra de la «politicidad» del Evangelio y la doctrina católica en su conjunto, a través de la actitud personal de Cristo y de las diversas fuentes con que podemos conocerla. Si Cristo buscaba el Reino de Dios y no el de este mundo, y distinguió los dominios de Dios y del César, labró, según Coste, una auténtica *ética política evangélica o cristiana*, que es preceptiva para todo cristiano que entre en el mundo de la política. Y aquí es donde entra en juego la distinción apuntada al principio entre técnica y política, que Coste utiliza para hacer frente a posturas equivocadas o insuficientes adoptadas por los mismos católicos a lo largo de la Historia y en los tiempos actuales.

Esta ética política evangélica se con-

creta, según el autor, en una política de confianza y no de maquiavelismos suicidas; en una política realista presidida por la prudencia; una política de la participación esforzada y comprometedora y una política de amor generoso y tolerante; una política solidaria, humanista y «social»; una política de colaboración pacífica y no-violenta, etc. Hay una base común de inspiración y unos objetivos básicos comunes y suficientemente explícitos para todos los católicos, y una gama variable de posibilidades técnicas de acción: éstas estarán tanto más justificadas cuanto más auténticamente evangélicas sean sus miras y motores y cuanto mejor se adecuen concretamente a la realidad sociopolítica sobre lo que pretenden actuar.

El libro es doctrinalmente denso y muy sugestivo en sus perspectivas críticas. A algunos —jóvenes de edad y de espíritu— les parecerá alicorto y hasta utópico a veces. En todo caso creo que el camino esbozado por él es no sólo auténticamente evangélico sino también sociohistóricamente fecundo. A los «insaciables» les queda siempre abierta la posibilidad de alargar las líneas sugeridas por Coste hasta campos y métodos de acción más candentes y comprometidas: lo decisivo seguirá siendo siempre el espíritu que informe sus intentos. Pero teniendo en cuenta que es en política y en acción social donde los errores, incluso parciales, de enfoque o base, producen resultados más catastróficos para todo el sistema de acción y para el todo humano social al que aquélla va dirigida.—  
VIDAL ABRIL CASTELLÓ.

## HISTORIA

DONALD W. TREADGOLD (y otros): *El desarrollo de la U. R. S. S. Estudios y debates*. Traducción de J. AGUILAR. Tecnos. Madrid, 1969; 437 págs.

Es una obra importante, fruto de la colaboración de muchos especialistas de diversas nacionalidades, culturas y mentalidades. El tema abordado es ese supercontinente, ese ente internacional gigantesco, paradójico, proteiforme y difícil de entender y clasificar que llamamos URSS. Se lo estudia en profundidad y extensión, lo mismo a nivel socioeconómico que ecológico, cultural, racial-nacional o geopolítico. Lo mismo en su actualidad y próximo pasado que en las raíces y génesis histórica de cada uno de los ingredientes y piezas heterogéneas que componen el ajedrez cruzado y múltiple del Estado soviético.

Todas las preguntas claves sobre las Rusias del pasado y las Repúblicas soviéticas del presente y próximo futuro vuelven a refluir en esta obra de profunda y densa lectura. El sistema y método seguido es el siguiente: diversos especialistas exponen sus puntos de vista sobre un tema concreto. [Naturaleza y estructura del régimen soviético; de la economía soviética «dirigida». Evolución de la literatura rusa contemporánea. La Rusia prerrevolucionaria desde sus orígenes precristianos al final del imperio zarista. Los Estados y frontera de la URSS hacia Occidente: Ucrania y Polonia. Rusia entre Oriente y Occidente.] El tema lo plantea sistemáticamente un primer ponente y éste resume y critica después a modo de conclusión, al final de cada capítulo, las sugerencias y contrastes de pareceres expuestos. Una bibliografía selecta y sistematizada a tenor de los diversos capítulos y un somero y eficaz índice de materias completan la utilidad del volumen y hacen más rentable y ágil su lectura para el que se in-

terese más concretamente por algún aspecto específico del tema.

No se trata de reportajes periodísticos, apasionantes pero efímeros por su propia naturaleza, sino de verdaderas monografías científicas de especialistas que condensan en su exposición múltiples trabajos de investigación llevados a cabo con rigor técnico y abundancia de materiales. Esto no quiere decir, desde luego, que las perspectivas y conclusiones de unos y otros sean coincidentes y ni siquiera convergentes a veces. Pero sí lleva consigo que los debates sean frecuentemente apasionantes para el aficionado y aun para el especialista, porque este último goza de una situación de privilegio y si las diversas ponencias y réplicas no le hacen cambiar de opinión, al menos habrán enriquecido sus juicios con datos y criterios nuevos con que contrastar los suyos propios.

El sistema sociopolítico soviético, visto bajo perspectivas histórico-comparativas, es un totalitarismo distinto del zarista y de los absolutismos occidentales clásicos: tiene muchas analogías con otros regímenes contemporáneos, como el nazismo alemán y el fascismo italiano, caracterizados todos ellos como regímenes políticos, económicos y culturales que gravitan sobre un único centro de decisión tras haber atomizado las estructuras sociales preexistentes e imponiendo férreamente a la población la adhesión activa y expresa a una ideología omnicomprensiva, predefinida como dogma y mantenida como tal ultrainquisitorialmente. ¿Qué es, entonces, lo que especifica al régimen soviético entre otros más o menos parecidos?

¿A qué se han debido las disimetrías,

pérdidas de ritmo y fracasos fragantes de la economía soviética «dirigida» en varios de sus frentes básicos? ¿Por qué la cultura rusa en general —y la literatura en particular— ha perdido el tren y ha quedado descolgada tras haber destacado en el concierto mundial con su brillante *sprint* del siglo XIX? ¿Cuál fue, y es, el significado y función de la vieja Rusia, de Ucrania y Bielorrusia en la Europa histórica y en el actual conglome-

merado geopolítico que constituye la URSS, y que la hace oscilar —como siempre en su pasado, pero con características muy específicas en nuestros días— entre Occidente y Oriente? A estas y otras preguntas importantes responde el libro con aportaciones sugestivas y, sobre todo, con planteamientos y perspectivas que ayudan a superar tópicos y criterios mal enfocados.—VIDAL ABRIL CASTELLÓ.

EDUARDO ALVAREZ PUGA: *Historia de la Falange*. Editorial Dopesa. Barcelona, 1969: 220 págs.

Nó deja de ser sorprendente el hecho de que nuestros más cualificados pensadores y hombres de letras, políticos profesionales e, incluso, especialistas de la Ciencia Política apenas, salvo dos o tres excepciones, se hayan sentido atraídos por la idea que ha hecho realidad el autor de este libro: escribir una historia —los hombres, las instituciones y las cosas siempre tienen más de una historia— de la Falange. La tarea, desde luego, no era sencilla y no lo era, a nuestro parecer, por dos motivos principales: el matiz político del tema y por la circunstancia de que la Falange ha entrado, como señala el autor de este trabajo empleando una bellísima metáfora, en su «ocaso azul», pero, justamente, no ha desaparecido del todo. Y este dato es el que, en buena lógica, impide poner punto final a cuanto se haga, escriba o afirme sobre esta sugestiva institución sociopolítica.

Alvarez Puga, joven y prestigioso jurista afincado en tierras catalanas, ha escrito un libro importante, original —en esta cuestión no es preciso insistir dada la escasa bibliografía que en su haber registra el tema— y profundamente objetivo. Precisamente, pensamos, la rigurosidad, la precisión y la estricta severidad con la que el autor relata cada uno

de los hechos históricos que se contienen en el libro restan a éste espontaneidad, calor y ese poco de romanticismo —conviene no confundir romanticismo con sentimentalismo— con el que es preciso comprender siempre la actuación política del hombre —individual o en grupo—. Claro está, cosa que nos atrevemos a afirmar dogmáticamente, que si perdemos los matices poéticos ganamos, en cambio, las tres insustituibles cualidades de todo ensayo histórico, a saber: la profundidad, la sobriedad y la veracidad científica. Las páginas de este trabajo son, observadas desde la perspectiva metodológica, un noble y generoso ejemplo de cómo ha de sentirse y escribirse la Historia. Por otro lado, dada la posición imparcial adoptada por el autor, es muy probable que los espíritus «morbosos» salgan defraudados de la lectura de esta obra. Muchos, no es preciso poner énfasis especial en la defensa de esta tesis, les habría agradado encontrar en este ensayo la historia de un resentimiento, de un fracaso o de un error político sensacional. El soberbio acierto del doctor Alvarez Puga radica en narrar con pulcritud, honestamente y con absoluta claridad lo que «ocurrió» y no, por supuesto, lo que «pudo acontecer».

Desde las primeras páginas del libro

el autor nos hace ver lo que la prematura muerte de José Antonio significó para la Falange y, consiguientemente, en orden a la realización de su programa ideológico. No es posible olvidar, y en esto pone muchísimo interés el autor de este trabajo, que la Falange nació como movimiento netamente político, es decir, desde sus orígenes fue una asociación que persiguió la conquista del Poder, característica que define la esencia de toda agrupación política propiamente dicha. Pretender —escribe el doctor Alvarez Puga— otorgarle ahora un significado meramente axiológico, equivale a yugular el poder de convocatoria que tuvo la década de los años treinta. Llegamos, pues, a la primera conclusión del libro —conclusión inmensamente popular—: La Falange fue un movimiento político. Cabe, en cierto modo, hablar de dos épocas perfectamente diferenciadas entre sí dentro de la evolución falangista: antes y después de la muerte de José Antonio. En vida del Fundador la Falange fue, sin duda, un movimiento esencialmente ideológico. Su pronta ausencia dejó, como muy bien nos dice el autor de este libro, apenas esbozada la ideología de su partido. Por eso, porque la ideología joseantoniana —ideología capaz de soportar las más duras pruebas intelectuales (así lo ha puesto de manifiesto hace muy pocos meses el profesor Muñoz Alonso en su logrado ensayo «Un pensador para un pueblo») — no pudo cristalizar luego de su fallecimiento, muchos de sus seguidores han caído en el error —segunda conclusión a la que llega el doctor Alvarez Puga— de afirmar que la Falange es, ante todo, un estilo de vida, no una manera de pensar. Es decir, que es más ética que política.

Al autor le preocupa comprender, desde el plano esencialmente político, la significación del vocablo «falange». Vocablo que, por cierto, nadie se preocupó en definir desde la única vertiente que

era importante y conveniente el hacerlo: la perspectiva política. Sin embargo, como agudamente observa el doctor Alvarez Puga, todo el mundo sabía, y sigue sabiendo, lo que implica la poética expresión. La tercera, pues, conclusión que podemos destacar tras la lectura de este libro es, precisamente, el sentido científico que caracterizaba la mayor parte de los predicados falangistas. Se jugó con conceptos, con ideas, con afirmaciones que, en definitiva, había que admitir o rechazar, pero, en todo caso, sin proceder, cuando menos, a una indagación elemental de su contenido. El evangelio falangista —evangelio de una rara belleza— descansaba en la feliz y hábil mezcla de las metáforas. Así, por ejemplo, se hablaba de «una participación de todos los españoles» en la sugestiva cruzada político-social, pero, en rigor, se desconocía los verdaderos alcances del verbo «participar». No deja de ser incomprensible, aún en nuestros días, la imprecisión terminológica que caracterizó a los más altos dirigentes de esta institución política. La sorpresa es mucho mayor aún cuando, como es sabido, la fundación de la Falange coincidió con el período más enhiesto de la influencia orteguiana en España. Influencia de la que, efectivamente, no pudo sustraerse ni el propio José Antonio.

No sería oportuno tratar de destacar, por nuestra parte, los capítulos señeros de la obra que comentamos, y no lo sería, especialmente, por tratarse de un libro de historia, es decir, un trabajo unitario, compacto, firme y, hoy por hoy, sin posible punto final. Ciertamente, como por cualquier parte se asegura, la Falange ha entrado en su ocaso, pero también quedan, como es bien sabido, auténticos militantes, hombres de inquebrantable fe y, en definitiva, hombres que viven de cara a la esperanza. Hay que reconocer, no obstante, que dada



la actual estructura política de España la Falange no tiene razón de ser. En efecto, según el autor de este libro —cuarta y última conclusión—, la Falange, hoy por hoy, ha desaparecido de los esquemas legales vigentes. Para entrar de nuevo en la vida política nacional ten-

drá que volver a los principios, aunque despojándose de su carácter revolucionario. Esto, puntualiza el doctor Alvarez Puga, siempre, claro está, que el asociacionismo político dentro del Movimiento le dé juego suficiente para ello.—J. M. N. DE C.

## E C O N O M I A

MARIE PAULE CANAPA: *Reforme économique et socialisme en Yougoslavie*. Fondation Nationale des Sciences Politiques. Armand Colin. París, 1970; 96 págs.

Dentro de los países socialistas, Yugoslavia representa un caso especial de desarrollo económico. Si durante los primeros años de posguerra el modelo soviético de fuerte centralización fue fielmente seguido, la ruptura con la Kominform y el despegue político de Yugoslavia condujeron a adoptar dentro del esquema de socialización de los medios de producción y de planificación una nueva vía de creciente autogestión y descentralización económica. Es este intento de llegar a una economía de mercado dentro del socialismo lo que se estudia en este trabajo. Sin embargo, su autora se ha centrado en cuatro aspectos del mismo: desarrollo del sector privado, inversión extranjera, emigración al exterior y los paros en el trabajo. Si la propiedad de los medios de producción se ha socializado, sin embargo la fuerza de los hechos ha generado un desarrollo lento pero continuado de un sector privado que ha encontrado su marco institucional a partir de las reformas de 1965. Diferencias sutiles dentro del pensamiento socialista han permitido considerar la posibilidad de una propiedad privada de los medios de producción cuando está ligado al trabajo individual. Esta privatización de la economía es posible si se imponen límites que impidan sus efectos antisociales y lo encajan dentro del sistema socialista de Yugoslavia. De esta forma

la mano de obra y ciertos medios de producción han podido ser contratados por particulares con las limitaciones y vigilancias impuestas por el Estado. Ha sido principalmente en el sector terciario donde se ha verificado este desarrollo de un sector privado. La nacionalización de las Empresas extranjeras parecía preveer un desarrollo económico sin ayuda extranjera. Sin embargo, la política de racionalización y modernización se ha llevado a cabo con la ayuda de la financiación extranjera. Se ha buscado una colaboración entre las Empresas extranjeras y las yugoslavas que contribuya a su modernización dentro de los objetivos generales de la economía del país. Se ha limitado la entrada del capital extranjero y se han dado normas para su orientación hacia los sectores donde esta colaboración pudiera ser más eficiente. Igualmente, el mercado del trabajo ha sido controlado para dirigir sus excedentes hacia el extranjero y preferentemente hacia la Europa Occidental. Frente al hecho de una emigración ilegal los dirigentes yugoslavos la han canalizado para que esta emigración pueda formar parte de un mercado internacional del trabajo. La formación del trabajador al extranjero y el aporte de divisas han sido argumentos racionales para esta política de emigración. Aunque considerado al principio como emigración temporal esta corriente

tiende a constituirse como durable y los organismos oficiales han orientado y ayudado esta emigración económicamente dirigida. Más sutilmente los paros de trabajo son un eufemismo que encubren el hecho de la huelga sin reconocimiento legal dentro de la constitución yugoslava. Se ha querido distinguir las huelgas en los países capitalistas de los paros en el trabajo por su diferente carácter. No se trata de oponerse a un sistema que por su constitución monolítica no admite enfrentamiento de clases sino de la realización de derechos ya adquiridos. Las dificultades terminológicas y dogmáticas del paro de trabajo han sido sustituidas por la busca consciente y admitida de las soluciones. Defectos en la autogestión y en las organizaciones sociopolíticas han sido considerados como responsables de estos conflictos. Al margen, pues, del sistema legal los paros de trabajo han sido reconocidos como hechos económicos in-

negables aunque su institucionalización no ha sido realizada. En conjunto la liberalización económica de Yugoslavia ha proseguido y es en el plano doctrinal donde se hace más ardua la tarea de compaginar principios y realidades. Parece que la apertura hacia una economía de mercado en un sistema monolítico se ha realizado por un Estado Federal más atento a la práctica que a la pureza de los principios. La autora muestra en cada momento esta ruptura entre el plano político y el económico como una fisura entre el inmovilismo doctrinal y la flexible realidad de una situación económica. Aunque el libro está limitado por los objetivos propios de la investigación es interesante para el estudioso de las ciencias sociales para comprender esta distensión que se va produciendo en los países del Este desde la rigidez teórica del esquema socialista.—JOSÉ L. ESTEVE SERRANO.

FRANCISCO JAVIER GOROSQUIETA: *Ética del desarrollo económico*. Compi. Madrid, 1969. 150 págs.

No es un tratado ni un manual: es una valiosa y valiente actuación de los temas básicos de la doctrina social católica. Una especie de «cuestiones disputadas» pero con aires plenamente contemporáneos. Un «chequeo» a los principales puntos de fricción y enfrentamiento de ideologías y conciencias en el campo de lo social. Leída esta obra dentro del conjunto bibliográfico y temático al que pertenece [«Fomento social»], adquiere un relieve y significación más concreta y específica: constituye como una reedición concentrada y un *aggiornamento* enteramente al día de toda la colección, del espíritu que la anima en su conjunto y de la sustancia que la nutre (doctrina social pontificia).

Si intentamos un análisis más detallado de sus contenidos concretos, nos encon-

traremos con descubrimientos sorprendentes: el problema de la fijación del salario justo es planteado según todos los factores que hay que tener en cuenta para su fijación (no hacerlo así es demagogia o ignorancia culpable y temeraria); se nos dan criterios incluso concretísimos para cuantificar nuestros deberes de caridad y limosna, sobre bases ideológicas clásicas y fórmulas de cálculo (estadísticas y porcentajes) actualísimos; en el campo sindical se aboga por una creciente responsabilización y reconocimiento plurifuncional del factor específicamente obrero a nivel de Empresa, de agrupación local y regional y a escala nacional. La lucha por el desarrollo le lleva a poner el acento sobre la necesidad de estabilización (relativa) de los precios y de evitar la inflación como re-

quisitos básicos del mismo desarrollo y de la justicia social sustantiva. El ahorro, la vivienda, el contrabando, con otros temas candentes paralelos o implicados en ellos (fraude del ahorro privado a través de la inflación y la especulación bursátil, el cáncer de la especulación del suelo y el «escándalo» de los precios y calidades de las viviendas), son otras tantas lecciones magistrales en miniatura.

En materia de impuestos y contrabando el recensionista piensa, como el autor, que hay que relegar al olvido definitivamente la teoría de las leyes meramente penales, no tanto por sus más que discutibles bases ideológicas como por su inspiración antisocial, fuente de abusos funestos, agravados frecuentemente con paliativos e hipocresías esencialmente espúreos.

La economía, concluye el autor, es con-

sustancialmente servicio al hombre concreto y a sus múltiples necesidades y posibilidades de desarrollo jerárquico y armónico. Querer bautizarla y convertirla en «cristiana» equivale a intensificar sus exigencias y tensiones específicamente humanistas, comunitarias y de creciente colaboración en las tareas comunes y en las necesidades y aspiraciones de nuestros *compañeros de viaje*, poniendo junto a las motivaciones específicamente altruistas y técnico-sociales otras razones de adhesión y amor a nuestros hermanos, empujados por nuestra común y personal relación con Dios. Si no es así, mejor es callarse: la religión no puede ser nunca un chantaje hipócrita o un sistema de paños calientes para tranquilizar la mala fe sustancial del que elude sus deberes socio-económicos auténticos.—VIDAL ABRIL CASTELLÓ.

## FILOSOFIA

GABRIEL MARCEL: *Diario metafísico (1928-1933)*. Ediciones Guadarrama. Madrid, 1968; 220 págs.

Los escritos fundamentales filosóficos de Gabriel Marcel están recogidos en su *Journal Metaphysique*, compuesto de dos partes. La primera transcurre entre 1914 y 1921 (publicada por primera vez en francés en 1927); la segunda, entre 1928-1933, que ha sido la traducida ahora acertadamente por Ediciones Guadarrama. Como complemento se incluye en la obra que comentamos «Un esbozo de la fenomenología del haber».

La máxima preocupación en los comentarios diarios de Marcel es la *construcción de la personalidad*. Lo peculiar de su pensamiento estriba en su estrecha vinculación con la vida, con la existencia. El *Diario metafísico* resiste a cualquier sistemática. De todos modos,

de una comunicación enviada por Marcel en 1927 a la Sociedad de Filosofía pueden extraerse los puntos fundamentales de su filosofía: el *enjuiciamiento existencial* de la realidad, que no es posible sino en una personalidad *encarnada*; el carácter secundario del problema de la *existencia del mundo exterior*, que frente a aquel punto cardinal pierde incluso su significación; la unión del alma y del cuerpo es de una *esencia realmente diferente* de la que existe entre el alma y las otras cosas existentes; esta interpretación de la existencia no conduce al subjetivismo; el idealismo tiende inevitablemente a eliminar toda consideración existencial por razón de la ininteligibilidad radical de la existencia.

El *Diario* no es de ideas abstractas, sino de ideas encarnadas. Por el modo de exposición de las mismas la filosofía de Marcel podría ser calificada más de *neo-socrática* que de «existencialista cristiana». En efecto, un método socrático a los problemas de los individuos, sus personalidades, sus esperanzas y sus amores hace natural para Marcel expresar ideas sin necesidad de dar respuestas definitivas. Marcel no dicta sus contestaciones o usa sus escritos para sostener tesis, pues éstas dependerán de la personalidad de los autores en juego.

La filosofía de la personalidad de Marcel hace una distinción neta entre el *ser* y el *haber*. «En el fondo, todo se reduce a la distinción entre lo que se tiene y lo que se es. Pero es extraordinariamente difícil expresarlo en forma conceptual, y sin embargo, tiene que poder hacerse. Lo que uno tiene presenta evidentemente cierta exterioridad respecto de sí mismo. Esta exterioridad no es con todo absoluta. En principio, lo que se tiene son cosas. No puedo tener, en el sentido estricto de la palabra, más que algo que posea una existencia hasta cierto punto independiente de mí... No tengo sino aquello de que puedo en cierto modo y bajo ciertos límites disponer... No hay transmisión posible sino de aquello que se posee.» La personalidad no pertenece sólo al reino del haber. Ella no está constituida únicamente por el cuerpo y sus características. El hecho mismo de que una persona pueda disponer de su cuerpo significa que la persona es algo más de una existencia corporal. Pero tampoco está formada únicamente en el reino del ser. Debemos rechazar esa desconfianza implícita que los filósofos parecen haber manifestado siempre a la noción del *haber*.

En el *haber* hay que profundizar. Han de distinguirse en él los deseos, las posesiones que nos devoran, que nos es-

clavizan y tienden a sublimarse, a transformarse en ser. Esto se ilustra no sólo con ejemplos tomados de la categoría de las posesiones materiales. Pensemos en las seudoposiciones que son mis ideas, mis opiniones. «El ideólogo es uno de los tipos humanos más temibles, porque se convierte a sí mismo, inconscientemente, en esclavo de una parte mortificada de sí mismo, y esa esclavitud tiende inevitablemente a convertirse en tiranía en el exterior. El pensador, en cambio, está perpetuamente en guardia contra esta alienación, esta petrificación posible de su pensamiento» (página 207).

Por el contrario, la personalidad se ve enriquecida por el amor, que aun siendo haber, no es, sin embargo, deseo. «El amor en cuanto que es distinto al deseo, subordinación de sí a una realidad superior, en cuanto que es ruptura de la tensión que enlaza el mismo al otro, es, a mi modo de ver, lo que podríamos llamar el dato ontológico esencial» (pág. 208). La colaboración amorosa en la libertad de otro ayuda a ambos a alcanzar su ser, no siendo ninguno de ellos entendido como un medio de satisfacción emocional del otro o medio para el incremento del propio egoísmo.

La libertad auténtica del hombre debe estar impregnada del amor; de lo contrario no estaremos ante la «libertad», sino ante la «autonomía». La distinción entre estas dos nociones constituye una clave para desentrañar el personalismo de Marcel. «Lo esencial es notar que la autonomía es ante todo una *no heteronomía* presupuesta y rechazada. Quiero tratar los asuntos yo mismo. Ahí vemos aparecer esta tensión del mismo y del otro, que es el propio ritmo del mundo y del haber. Hay que reconocer, por otra parte, que la autonomía versa sobre todo orden, en el que la gestión es posible bajo cualquier forma que se la

conciba. En realidad, implica la idea de cierto campo de actividad y se precisa tanto más cuanto que es posible circunscribir más estrictamente este campo en especie y en el tiempo. Todo aquello que pertenece al orden de los intereses, cualesquiera que sean, puede tratarse con relativa facilidad, como una provincia, como un distrito delimitado» (página 216).

Esa idea de *autonomía*, ligada a una especie de reducción o de particularización del sujeto, no debe confundirse con la libertad. «No se trata aquí de esbozar una teoría de la libertad, precisamente porque habría que empezar por preguntarse si la idea de una teoría de la libertad no implica una contradicción.» En la libertad, para Marcel, el *auto-centrismo* se halla enteramente reabsorbido en el amor. A raíz de esto se podría demostrar que la mayor parte de las insuficiencias del kantismo se deben esencialmente al hecho de no haber sospechado nada de todo esto, de no haber

visto que el sí puede y debe ser transcendido, sin que por eso la autonomía ceda ante la heteronomía; antes bien, se convierte en libertad.

Toda idea, toda noción metafísica ha de estar *encarnada*. Decir que una cosa existe no significa solamente que pertenece al mismo sistema que mi cuerpo, sino que, además, se halla en cierta manera unida a mí como mi cuerpo. La encarnación es así dato central de la metafísica. De entrada, la oposición entre el sujeto y el objeto se halla trascendida. La encarnación no es un hecho, es un dato a partir del cual un hecho resulta posible. Si parto de una oposición entre el sujeto y el objeto no habrá artificio lógico alguno que me permita lograr esta experiencia existencial: ésta será inevitablemente eludida, o lo que es lo mismo, rechazada. «Sólo puede arrancar la investigación metafísica de una situación que se abre a la *reflexión* sin que se la pueda llegar a *comprender*.»—A. E. G. D.-LL.

EDUARDO SPRANGER: *Psicología de la edad juvenil*. Revista de Occidente. Madrid, 1968; 407 págs.

Gracias a la Editorial Revista de Occidente es posible, al menos entre nosotros, que *Psicología de la edad juvenil*—una de las obras más profundas y sugestivas de Spranger— conserve una eterna juventud. Publicada en el año 1929—versión alemana—, los conceptos en ella contenidos son —y seguirán siendo— válidos a la vista de las nuevas generaciones, y sobre todo de las «nuevas olas» europeas. Pocos pensadores como Spranger han sentido una preocupación más honda por la juventud y a la vez mejor la han comprendido. Desde las primeras líneas de su libro el autor desenfadadamente expone su tesis, a saber: «En ninguna edad de la vida tiene el hombre

una necesidad tan fuerte de ser comprendido como en la adolescencia.» Advertió precozmente Spranger que, sin embargo, «hay una multitud de circunstancias que contribuyen a dificultar e incluso a impedir esta comprensión». Estas páginas, pues, tratan de profundizar en el corazón de los jóvenes, y sobre todo de racionalizar la crítica que en torno de las «formas de vida» juvenil pueden hacerse.

Los principales motivos que originan, pudiera pensarse, el contraste entre las jóvenes generaciones y las que caminan hacia su crepúsculo, son, entre otras, las siguientes: *la altanera independencia juvenil, la falta de un adecuado conoci-*

miento del medio ambiente y la individualización excesiva. Una psicología comprensiva, afirma Spranger, debe trabajar sobre estos tres extremos si, en verdad, desea comprender y desvelar la problemática vital de la edad juvenil. La tarea de la comprensión está plagada, subraya el autor de este libro, de infinitas dificultades, dado que, efectivamente, cada hombre —piénsese lo que se quiera— es una estructura cerrada, única, original. Penetrar en el interior de otro hombre supone un abandono de nuestro propio conocimiento interior. Y en todo caso es vana la empresa de pretender sentir lo que siente, por ejemplo, el alma de nuestro prójimo. Comprender, por lo tanto (página 24), no es sinónimo de vivir por sí mismo, con fiel exactitud, el ser, las vivencias y la conducta subjetiva de un alma individual. Acertadamente puntualiza Spranger que el hecho de que comprender nos resulte tanto más fácil cuanto más análoga es nuestra organización subjetiva a la de aquel a quien se trata de comprender no debe engañarnos.

El despertar del alma, según Spranger (pág. 65) no se manifiesta sólo en la reflexión sobre sí mismo, sino también en una gran susceptibilidad, que indica un exagerado sentimiento de la propia dignidad, sumamente necesitado todavía de indulgencia. El alma, que florece por primera vez para sí misma, solicita tanto más respeto de los demás, especialmente de los adultos, cuanto que todavía no está enteramente segura de sí misma. La existencia en esta «tierra de pason» es causa de una gran habilidad en el estadio interior total. El hombre no es aquí sólo por su posición externa, o por su nombre, medio niño y medio adulto, sino que hay realmente, al principio de esta época, períodos en los cuales es todavía un niño completo y otros en los cuales el futuro varón irrumpe ya, con toda decisión, en el interior. Pero

el medio se da cuenta de esto raramente. El sino de esta edad de la vida es no ser tomada «en serio».

Por otra parte, para comprender lo que acontece en el alma juvenil es preciso, cuando menos, tener muy presente que es la época de la fantasía, y desgraciadamente sobre la fantasía se ha escrito muy poco. Para entender lo que, en cierto modo, es la fantasía es preciso recordar que, en efecto, no hay ningún hombre que mire fuera de su prisión tan anhelosamente como el joven. No hay ninguno que sienta en su profunda soledad tanta sed de contacto y de comprensión como el adolescente. No hay ninguno que tanto esté y clame tanto en la lejanía. Pero de este anhelo (página 75) brota una fuerza que trata de salvar el abismo; fuerza que tiende el puente entre el yo y todas las cosas y personas arrebatadas a él y las introduce de nuevo en la propia vida. Esta fuerza, según Spranger, es la fantasía.

Ahora bien, subraya el autor —y este extremo nos parece altamente sugestivo—, si queremos no errar en esto, todo se reduce a entender exactamente lo que es la fantasía. Que no es, en definitiva, ni la visión infantil del mundo, ni el órgano mediante el cual el adolescente se apodera del mundo, como si el adolescente tuviese siempre, o siquiera preponderantemente, conciencia de limitarse a soñar. La fantasía es una sensación estética. Su origen radica en el interior del hombre, y consiguientemente, los sueños constituyen, en gran parte, la desbordante energía de la creación artística.

Expuesto cuanto antecede, conviene señalar que Spranger, en efecto, estudia exhaustivamente todas las dimensiones del mundo juvenil, a saber: *la psicología de la vida sexual en la adolescencia, la entrada del adolescente en la sociedad, la evolución moral del adolescente, su conciencia jurídica, política y profesional, su concepción científica y religiosa y los*

tipos del sentimiento vital en los jóvenes. La importancia, sin embargo, de estas páginas no proviene, a nuestra forma de ver, de la amplitud de la temática que contiene, sino, por el contrario, del acertado diagnóstico que Spranger expone sobre la juventud europea. Algunos de los temas analizados por el autor mantienen, como ya en líneas anteriores hemos afirmado, una rabiosa actualidad, por ejemplo: *la entrada del adolescente en la sociedad*, y desde luego, *su intervención en la política*.

Veamos, pues, lo que Spranger piensa del impacto que la sociedad causa en el joven. Por lo pronto, para el psicólogo alemán la expresión «sociedad» se presenta como un término excesivamente ambiguo, dado que, escribe (pág. 164), una sociedad no se distingue siempre de las demás por la diversidad de las personas pertenecientes a ella, sino por la diversa conciencia que los miembros tienen del vínculo que los mantiene unidos y por el diverso valor del cual reciben su sentido los fines objetivos de la asociación. Por eso, concluye, se puede considerar a una sociedad como un producto objetivo de la cultura que trasciende de los individuos y en ocasiones sobrevive a su cambio, o sea sociológicamente. En todo caso, seguimos el pensamiento del autor, el factor más importante que provoca el divorcio entre la generación reemplazada y la que sucede se debe con harta frecuencia al hecho de que, sin duda, nuestra sociedad adulta es realista hasta el extremo, carece de toda fantasía y poesía. La juventud, por el contrario, ha soñado el mundo completamente distinto (pág. 184). No posee (ni quiere) todavía un conocimiento realista del hombre; no tiene todavía un juicio sobre las consecuencias de sus asociaciones ni sobre los límites de su fuerza. La vida de la fantasía, las impresiones que le dejan el teatro, el cine, la lectura de aventuras se mezclan siem-

pre al monótono ritmo de la vida diaria. Y como la estructura impulsiva del alma infantil sigue en un principio produciendo intensos efectos, se llega fácilmente a peligrosos conflictos, que, sin embargo, vistos por su autor, son mucho más inofensivos que ante el tribunal de la ceñuda señora la Razón. Por otro lado, quizá esto sea un consuelo, piensa Spranger que los movimientos de la juventud existen en todo tiempo. Pero resultan especialmente visibles cuando no transcurren en el secreto de las almas, sino que condensan socialmente en grupos y ligas de jóvenes. Es preciso, pues, distinguir en todo movimiento de la juventud en general un doble sentido. Unas veces hay en él el presentimiento o la tormenta primaveral de una *nueva cultura formal*. Nacida del antagonismo de las generaciones, se prepara una época cultural de nuevos fundamentos espirituales. Un movimiento semejante es un caso de revolución espiritual que «hará época». Pero en otro aspecto se trata, en todo movimiento de la juventud, de un *movimiento de las generaciones*, que sólo —subraya Spranger— tiene significación para la juventud y que sólo afecta a la Historia universal en la medida en que del nuevo estilo de la juventud han de salir inevitablemente otros representantes de la futura cultura formal. Las épocas —concluye Spranger (pág. 186)— en las cuales el espíritu histórico se ha endurecido sobremanera o se ha atascado en un callejón sin salida, tienen por consecuencia movimientos de la juventud especialmente resueltos y apasionados. Ejemplo concreto de esto lo tenemos, ciertamente, en nuestros días.

Se afirma que la juventud contemporánea —concretamente la universitaria— se ha politizado de manera excesiva. Sin embargo, leyendo a Spranger podemos llegar a la conclusión de que la juventud de todas las épocas ha tenido una pecu-

liar pasión por lo político. Ya que, justamente, la posición de la juventud cambia con las distintas circunstancias históricas. La acción política actúa sobre los adolescentes con un ideal estético —podríamos decir como un derivado de la fantasía—, es decir, como algo esencialmente poético. Por eso, efectivamente, la juventud (pág. 248) es tan fecunda, como terreno para dar calor y vida a grandes fines políticos, que proceden del mundo de los adultos. La juventud, considera Spranger, no es dirigente, pero sí accesible a la verdadera dirección política, y entonces muy activa. Por otro

lado, los instintos y las ideas políticas de la juventud no se han desarrollado —salvo contadísimas excepciones— en pleno contacto con la realidad ni se han puesto a prueba en ésta. Por ende, la juventud —piensa el autor de este libro— todavía no es activa en la política. Pero como la juventud, simplemente por ser juventud, trae consigo una determinada estructura espiritual, que se exterioriza como una fuerza impulsiva es un factor político de la mayor importancia; sobre todo porque este nuevo ser crecerá y tomará un día forma adulta.—J. M. N. DE C.

JOSÉ LUIS ARANGUREN: *La juventud europea y otros ensayos*. Biblioteca Breve de Bolsillo. Editorial Seix Barral. Barcelona, 1968; 206 págs.

No hay duda de que el profesor Aranguren es uno de los escritores más fecundos y sensibles de los últimos tiempos. Son, pues, muy importantes sus opiniones en torno de las cosas que hoy acontecen en el mundo. Escritor de espíritu crítico, ecuaníme y universal, ahonda con singular gracia en la complejidad de cualquier tema. Las páginas que comentamos tienen, a pesar de la aparente discontinuidad, una trabazón interna decisiva, a saber: la de matizar unas cuantas cuestiones de índole social que increíblemente siguen sin comprenderse todavía: *el problema de la juventud europea, la posición del intelectual católico ante el futuro, el porvenir del catolicismo, ciertos aspectos del naciente humanismo y el papel sociológico que hoy representa la ciudad*.

El libro, por consiguiente, nos ofrece materia más que de sobra para ocuparnos del mismo con toda rigurosidad. El lector atento observará la estratégica situación de cada uno de los temas que, en definitiva, integran este excelente libro. Aranguren, en efecto, se ocupa en

primer término del tema de la juventud europea. Cabe, pues, preguntarse: ¿Es el más importante? La respuesta es difícil, y sobre todo, porque lo que más puede interesarnos de esa juventud no es ella misma, sino, por el contrario, el hecho de que esa juventud marche un poco a la deriva y haya perdido todo interés por las cosas que condicionan la vida del hombre. A pesar de ese alejamiento juvenil de las realidades político-sociales existe un hecho innegable: la juventud europea es, en gran parte, la auténtica protagonista de la hora actual de Europa. Existen interminables épocas en la evolución histórica europea en la que la juventud no ha significado nada. Hoy, por el contrario —ya lo advierte el profesor Aranguren—, la juventud parece haberse constituido en una «clase social». Nada tiene de sorprendente que, justamente, «la juventud de nuestro tiempo se alce como una fuente social sustantiva». Esto, en rigor, según la consideración de no pocos sociólogos y educadores, es un fenómeno nuevo, algo que apenas si cuenta con



precedentes y algo, desde luego, que cuesta bastante trabajo llegar a comprender. La juventud, como en otro lugar de esta obra nos indica el autor, ha llegado a ser la edad social y culturalmente de moda. Antes —según Aranguren—, los jóvenes, para hacerse valer, tenían que empezar por imitar las maneras de los adultos. Hoy, a la inversa, somos los adultos quienes imitamos a los jóvenes. Ahora bien (pág. 12): el hecho de que la juventud sea la edad de moda, ¿significa que sea «la edad de la razón»? Esta, desde luego, es la clave esencial para comprender la finalidad máxima de estas páginas, que, en definitiva, no es otra cosa que la de hacernos ver una vez más que cada generación trae consigo un cambio del «mundo». Ese acontecimiento generacional afecta, según los casos, a lo social, a lo político, a lo técnico o a lo bélico.

Aunque el profesor Aranguren no lo afirma de una manera tajante (pág. 15), es lícito pensar que, efectivamente, el acontecimiento generacional que ha definido a la actual juventud ha sido, sin duda alguna, la guerra última (la guerra mundial). Por otra parte, hay que considerar que ese mismo hecho también ha podido condicionar el pensamiento de los hombres pertenecientes a la generación anterior. Es evidente, en todo caso, que ese acontecimiento pesa sobre una y otra generación. A la actual generación —la que, según una expresión muy querida por Ostega, manda en el mundo— le caracteriza, entre otras cosas, lo siguiente: *la actitud positiva y el individualismo*. En el primer aspecto, según Aranguren, desconfía de la especulación, del pensamiento puro, de todo lo no verificable, y en cuanto concierne al segundo aspecto, lo que sí ocurre, como reacción de desconfianza respecto de los grandes ideales políticos; ideales que condujeron al desastre, es una privatización de la existencia. El joven de hoy,

escribe Aranguren (pág. 21), tiende a asegurarse una sólida situación profesional y una satisfactoria vida familiar, a refugiarse en su vida privada, a organizar su hogar con la mayor comodidad y el mayor gusto posibles. El autor llega a la conclusión de que, en resumen, la actual generación europea es escéptica, realista, inclinada a lo concreto, positivo y privado, utilitario, funcional, técnico y —concluye— con una indisimulada tendencia a la madurez, a la prudencia.

Otro de los temas que, sin duda, han de atraer poderosamente la atención del lector de este libro es el referente al *Humanismo*. Luego de una breve revisión de los denominados humanismos clásicos el profesor Aranguren penetra en el estudio del humanismo existencialista al que considera no como un humanismo de la «esencia» o «naturaleza» humana, sino de la «existencia» y la «libertad». El humanismo no está en el pasado sino en el porvenir, no es un punto de partida sino de llegada, precisamente —subraya Aranguren (pág. 96)— porque no hay una «esencia» del hombre sino que ésta es conquistada por cada cual a través de su «existencia» concreta. La nota peculiar del humanismo existencialista y la que, consiguientemente, nos permiten identificar y separar a este humanismo de cualquier otro, consiste, ciertamente, en que los demás humanismos son optimistas porque su juicio de valor de lo humano es eminentemente positivo: descansan en la exaltación de la grandeza y dignidad humana. Por el contrario, el existencialismo propiamente dicho es decir, el de Sartre, lleva a cabo una desidealización, un empobrecimiento consciente del valor humano. El hombre es ya un arquetipo. El hombre es aceptado en su condición real. Los otros humanismos atienden exclusivamente a los aspectos más nobles de lo humano. Aceptando al hombre no sólo en su retórica

grandeza sino también en su miseria real, únicamente Sartre, al escribir sobre los «indeseables», un Sade o un Genet, ha hecho verdad aquel *homo sum, humani nil a me alienum puto*.

Para Aranguren —página 148— el humanismo real del hombre moderno no tiene nada que ver ni con el platonismo que huye del mundo real, para refugiarse en el ideal, ni del pasadismo que pretende escaparse del tiempo real. Todo el sentido de la época moderna ha consistido en ser humanista si, en el sentido de immanente al mundo, aceptante de lo humano en su realidad y también, y sobre todo, en sus posibilidades aún no realizadas. Cabe simplificar el problema de la clase de humanismos existentes, cosa que hace el autor, reduciéndolos a dos: el *Humanismo antiguo* y el *Humanismo moderno*. Para el primero, seguimos el pensamiento de Aranguren, la perfección del hombre le antecede y se aprende mediante el estudio y cultivo de las Humanidades clásicas. Para el segundo, la perfección del hombre está en el futuro, no se aprende nunca del todo ni está ahí, contenida en unos libros o en unas Ideas; sólo lenta, gradual, progresivamente puede irse alumbrando en las que bien pueden llamarse nuevas Humanidades, sobre las que, a su tiempo, nos promete singularmente el autor, hablaremos. Otra diferencia absoluta entre el humanismo antiguo y el moderno descansa en un hecho muy simple, a saber: que el Humanismo antiguo era un ideal esencialmente minoritario. El Humanismo contemporáneo, por el contrario, tiene un campo de acción mucho más amplio y, además, el Humanismo actualmente vigente tiende a ser humano de verdad, es decir, a evitar que la vida del hombre pierda sentido.

Concluye el libro con la exposición de dos penetrantes ensayos en torno de la imagen que para los españoles presenta en nuestro tiempo Alemania e Italia.

Subraya el autor un hecho altamente sugestivo: la admiración que, en efecto, los españoles sentimos por el pueblo germánico. Quizá, como muy sutilmente deya entrever Aranguren, lo que los españoles admiramos en los alemanes es, sobre todo, las cualidades de las que carecemos. Por otra parte, Alemania, que, como es sabido, resurge de sus propias cenizas, ha logrado un cambio total en todas sus estructuras políticas y sociales. Puede ser que, hoy por hoy, Alemania sea un pueblo, como alguien ha dicho, «casi sin política», pero, en todo caso, maravillosamente administrado. Los infinitos tópicos que, durante varios años, han empañado la imagen real de la vida alemana comienzan a destruirse y, precisamente, ha sido —esto piensa Aranguren (página 189)— en el seno de sus Universidades en donde se ha fraguado el deseo de que Alemania sea conocida en el resto del mundo sin idealización alguna. Sin embargo —en advertir esto pone cierto empeño el autor de estas páginas (página 194)—, Alemania sigue siendo el país de la filosofía y la ciencia.

Las impresiones que Aranguren nos ofrece en torno a Italia son, en el fondo, un mero pretexto comparativo con la propia vida española. Hasta creemos estar hablando de España cuando en la página dedicada a la política (pág. 202) italiana, se nos dice, entre otras cosas, «que la política no interesa de veras más que a pequeños círculos y que las masas modernas declinan con gusto la preocupación y el sentido de la responsabilidad por el destino de su país, dejándolos en manos de los políticos profesionales».

El lector que se acerque a este libro, podemos afirmarlo dogmáticamente, no saldrá defraudado. El autor, como en tantas otras ocasiones, se esfuerza en exponer la imagen nítida, sincera y actual de los pequeños y grandes acontecimientos políticos, sociales y filosóficos de nuestro tiempo.—J. M. N. DE C.

PATRICK L. GARDINER: *19th. Century Philosophy. Readings in the History of Philosophy*. The Free Press. Nueva York, 1969; 456 págs.

Estas lecturas sobre escritos filosóficos del siglo XIX comienzan con el artículo de Fichte publicado en 1798, «Über der Grund unsers Glaubens an eine Göttliche Weltregierung» y termina con el de Bradley «Thought and reality». La selección no pudo ser más afortunada. Se pretende ilustrar la variedad y originalidad desplegada por los pensadores de ese período en su más amplia gama. Hagamos un resumen de los trabajos expuestos.

En el ya citado de Fichte se contiene en sucinta forma ciertas normas cardinales de su filosofía, a juicio de Gardiner. La mayoría de los esfuerzos, sin embargo, de Fichte, para llegar a un más numeroso público, se reunieron en el ensayo de 1800 titulado «La vocación del hombre». En la primera sección del libro, Fichte expone una teoría determinista con una descripción de la mente como mero producto de un orden natural objetivo. En el segundo, presenta una forma de idealismo subjetivo, siendo reducido todo a descripciones o representaciones mentales. Ambos puntos pretendían suscitar dificultades que se resuelven en la sección tercera, cuando Fichte sugiere que las interpretaciones que nosotros tenemos del espíritu no son, en último análisis, susceptibles de una justificación puramente teórica o demostrable, pero, sin embargo, pueden fundamentarse en la primacía del interés práctico y de los compromisos morales. De Hegel se recoge el capítulo «Amo y señor», de su *Fenomenología del espíritu*, y sus opiniones sobre el estoicismo, escepticismo y la ciencia infeliz. De *La ciencia de la lógica y Filosofía de la historia*, están recogidos los capítulos fundamentales, los cuales son lo referente

al concepto general de lógica y al de la naturaleza del cambio histórico.

Los optimismos fichteanos hegelianos son contrastados con los escritos pesimistas de Schopenhauer. Se recogen párrafos interesantes de su obra *El mundo como voluntad y representación*.

Las primeras páginas de la filosofía positivista de Augusto Comte, según la traducción inglesa de 1853, son consideradas suficientes para que el lector comprenda la naturaleza de la filosofía positivista. A continuación, vienen unos escritos de William Whewell, un filósofo inglés poco conocido en nuestro país, en cuanto que constituyen un importante precedente del sistema de lógica de John Stuart Mill. Los capítulos sobre la inducción, algo resumidos, del sistema de lógica de Mill, que se encuentran en el texto, son: «las llamadas impropriamente inducciones»; «el campo de la inducción»; «libertad y necesidad»; «naturaleza humana como un tema de ciencia» y «las leyes del espíritu». Otras páginas de Mill se refieren a su teoría psicológica sobre la creencia en el mundo externo. Como señala Gardiner, Fevrbach, tiende hoy a ser considerado más por su influencia fructífera en el desarrollo del marxismo que como pensador independiente e importante por su cuenta. En verdad, a pesar de la pesadez y las exageradas repeticiones de muchos de sus escritos, se encuentra en Fevrbach una considerable penetración en la concepción metafísica hegeliana, profundizando sobre la verdad, sobre el papel de la religión en la Historia y vida humana, ya sea en una escondida o en una patente forma (pág. 237). Se citan las partes más importantes de su obra sobre la *Esencia del cristianismo*. Del filósofo anarquista Stirner se exponen ciertos escritos dedi-

cados a la crítica de Feurbach y al concepto de propiedad.

Llegamos con esto a Marx. «Es discutible que las principales contribuciones de Marx al principio decimonónico, pertenezcan al campo del análisis social y económico antes que al de la filosofía, aun cuando él mismo hablase de cómo el fin había llegado para la segunda, concebida como una construcción puramente contemplativa o especulativa, dando paso a la teoría de la sociedad con un fin práctico y revolucionario» (página 262). Gardiner se pronuncia en contra de quienes pretenden encontrar una *solución de continuidad* en el pensamiento de Marx. Existe a lo largo de todos sus escritos un contenido esencial y permanente. Se recogen de Marx su crítica a la dialéctica de Hegel y a la filosofía en general, sus ideas sobre la alineación en el trabajo; su crítica sobre la ideología en general y la ideología germana en particular.

Las aportaciones de Kierkegaard son presentadas en un contexto religioso con prominencias dadas a las nociones de pecado y culpabilidad. Puede discernirse así cómo a través de ellas pudieron emerger las ideas que en el presente siglo vinieron a ser familiares por obra de Sartre y Heidegger.

Se confiesa cómo era muy difícil que una selección de los trabajos de Nietzsche diese una verdadera idea de su pensamiento. Aunque un escritor prolífico, Nietzsche, nunca fue un sistemático. De todos modos, se recogen aquellas páginas que expresan más adecuadamente las principales tesis de su filosofía. Entre ellas, las referentes a: «vida, conocimiento y self-conciencia»; «prejuicios de los filósofos»; «moral del amo y moral del esclavo»; «mala consciencia»; «razón en filosofía» y «el error de la voluntad libre».

Bradley fue, en un principio, un oponente de las tendencias utilitarias y empíricas de la filosofía inglesa y particularmente de su principal representante decimonónico John Stuar Mill. Las páginas recogidas son de su obra de 1922: *The Principles of Logic* (London, 1922).

El sistema anglosajón de ediciones de libros donde se recogen los textos más sobresalientes de los pensadores destacados en un determinado tema, es altamente noble y cuenta con una gran voluntad práctica. Si a ello se le suma lo acertado de las soluciones, como sucede con esta edición de Gardiner, comprenderá el lector lo recomendable de una tal obra.—A. E. G. D.-LL.

SÉBASTIEN CHARLÉTY: *Historia del sansimonismo*. Alianza Editorial. Madrid, 1970: 336 págs.

Saint-Simon, como ha escrito el profesor Hallet Carr, fue un excéntrico intelectual. Por consiguiente, no resulta fácil el tratar de comprender la grandeza y originalidad de su obra. Sus escritos son una extraña mezcla de filosofía, política y economía e, incluso, de religión. Dotado de una curiosidad universal profundizó en la mayor parte de las doctrinas en boga en su época aunque, en rigor, se mostró siempre disconforme

con la forma de pensar de sus contemporáneos. No fue, desde luego, hombre de su tiempo y, por lo tanto, se constituyó en precursor de las generaciones de intelectuales que le sucedieron. Son muchos los especialistas de Derecho político que le han considerado, tesis que nos parece bastante aceptable, nada menos que el precursor del movimiento marxista. También, según otros, fue el inspirador de los tecnócratas, del totalitaris-

mo y de cierta manifestación sociológica que concentra en el estudio de la masa toda su fuerza. «El individuo —subraya Saint-Simon—, depende de "la masa", y son las relaciones de cada individuo con una "masa progresivamente activa, en expansión e irresistible", lo que tiene que ser "estudiado y organizado".» Pocas veces un pensador ha ofrecido una obra de colorido tan intenso y, desde luego, de situaciones tan heterogéneas.

A pesar de la pintoresca existencia de Saint-Simon y del natural interés que despiertan sus escritos, el autor de este libro, rector durante varios años de la Universidad de París, ha preferido analizar la influencia, la estela y la significación del sansimonismo, como escuela y doctrina que produjo numerosos e inteligentes discípulos, antes que abordar de manera directa el estudio de la obra del escritor ginebrino. Y la razón es obvia: después de su muerte la mayor parte de sus seudodiscípulos se dedicaron a perpetrar toda clase de arbitrariedades intelectuales y, sobre todo, a propagar la investidura de santidad del maestro. Es decir, que el culto de la personalidad y de la obra de Saint-Simon dio lugar a la creación, en los suburbios de París, de una secta sacerdotal que, incluso, llegó a establecerse en una especie de monasterio. Este hecho resulta increíble si pensamos que, en honor a la verdad, lo único importante, si efectuamos una síntesis total de sus escritos, lo constituye el hecho de que, efectivamente, Saint-Simon vislumbró con cierta nitidez los acontecimientos sociopolíticos que iban a suceder en los próximos cien años de evolución histórica.

Estamos, pues, en presencia de un trabajo serio, profundo y esencialmente objetivo. El profesor de la Universidad de París —fallecido hace años— no pretendió desprestigiar la figura del célebre economista, sino, por el contrario, determinar —como así lo hace en estas

páginas— el valor de los «descubrimientos» políticos y sociales de Saint-Simon y, en especial, hacerle justicia histórica. Sus seudodiscípulos enturbiaron, sin duda, la aportación intelectual del maestro que, efectivamente, si de algo no pecó fue de pretender constituirse en un reformador de la sociedad de su tiempo.

Dado el severo juicio que el profesor Sébastien Charléty expone sobre el sansimonismo es justo que destaquemos que su ataque no se dirige de una manera directa al «padre» del sistema. Todo lo contrario, a saber: el autor trata con afecto la figura del pensador ginebrino al que considera lo más opuesto a un «conductor de pueblos», a un «revolucionario» o, simplemente, a un «predicador». El juicio final del profesor de la Universidad de París es, a nuestro parecer, muy favorable para Saint-Simon. Por lo pronto, le considéra como un gran economista. Subraya que, precisamente, su mayor acierto fue el criticar a la economía clásica desde una posición original y, sobre todo, constructiva y, además, hacer del hombre el centro o, mejor aún, el objeto esencial de la Economía. La Economía, efectivamente, debe de comenzar por el estudio del hombre puesto que, como es sabido, es el hombre el que se sacrifica en la producción y disfruta en el consumo. La Economía, según Saint-Simon, no debe de ser una ciencia abstracta o teórica, sino, por el contrario, una ciencia real, perceptible por los propios sentidos. Reconoce, igualmente, el autor de este libro la importancia que tiene una de las concepciones ideológicas de Saint-Simon menos conocidas: el proyecto de crear una «ciencia de carácter general». Su creencia, ligeramente coloreada por cierto deje utópico, se resumía con estremecedora sencillez en las siguientes palabras: «La Humanidad poseería la ciencia perfecta si tuviera una buena enciclopedia».

Saint-Simon fracasó cuando se propuso

ignorar la existencia de las estructuras políticas. Consideró, he aquí su error mayúsculo, que las naciones no son, en el fondo, otra cosa que una inmensa organización comercial o económica. Pretendió que la Economía dirigiese los destinos de la nación y, consecuentemente, no dudó en afirmar, impulsado por un falso mesianismo, que «había recibido la misión de arrebatar los poderes públicos de las manos del clero, de la nobleza y del orden judicial para ponerlos en las de los industriales». Nos advierte el profesor Sébastien Charléty que otro de los más caros errores de Saint-Simon consistió en afirmar que «el individuo es una abstracción sin realidad». Por lo tanto, «el hombre sólo existe para la sociedad y ésta sólo le forma para ella». Esta idea es lo que, andando el tiempo, convencería a los adeptos del movimiento socialista a considerarle, sin necesidad de fijarse en otros títulos, como el «precursor» de la naciente doctrina. Saint-Simon, por otra parte, había hecho hincapié en un hecho de incalculables consecuencias. Así, por ejemplo, había considerado que el hombre no tiene que preocuparse de buscar la propia felicidad. Este fin corresponde en exclusiva a la actividad política del propio Estado. En efecto, según el pensador ginebrino, «el objetivo del Estado es, o debería ser, la felicidad de los hombres unidos en sociedad».

Se comprenderá, a la vista de cuanto antecede, que Saint-Simon dejase tras de sí una secta de furibundos discípulos. Lo raro de esta cuestión es que, aunque pueda parecer mentira, la secta se inició a partir de la ausencia del maestro. El destino jugó una mala pasada al pensador ginebrino. No le permitió —él que tantas cosas había vislumbrado— observar el atisbo de su triunfo final. Sus discípulos intentaron, como muy bien nos expone el autor de este libro, perfeccionar algunas de las ideas más destacadas del maestro. Pensaron que las bases de

la política hay que buscarlas esencialmente en el estudio directo y positivo de la sociedad. Por otra parte, prolongando la ideología sansimoniana, consideraron que el auténtico poder generador sólo pertenece a la ciencia. La idea, a nuestro parecer, más sugestiva de los adeptos del pensador de Ginebra radica en su concepción de la libertad. La libertad es algo relativo que depende de que el hombre la necesite o no. Por lo tanto, argumentaban los primeros sacerdotes del sansimonismo, «en una sociedad científicamente organizada, no habiendo lugar para el sentimiento de opresión, no podría despertarse el correspondiente sentimiento de liberación o de libertad».

No deja de ser sorprendente, y en aclarar esta cuestión pone especial empeño el autor de estas páginas, que los seguidores de Saint-Simon sintiesen una honda pasión religiosa. Para ellos, la base de la futura sociedad tendría, necesariamente, que apoyarse en uno de estos puntos: la religión o la ciencia. Los adeptos del sansimonismo pretendieron lograr la plena fraternidad entre religión y ciencia. Sus argumentos no carecían de inquietud: «en las épocas orgánicas —afirmaban— nunca existe hostilidad entre la religión y la ciencia. Son idénticas, pues la ciencia es siempre teológica y los descubrimientos nacen siempre en el templo. Solamente en las épocas críticas se hace laica la ciencia, porque la religión no la ha seguido en sus progresos y se cree atea porque la religión intenta impedirlos.»

Una característica de los sansimonistas que no debemos dejar en silencio —también el profesor Sébastien Charléty se siente atraído por esta cuestión—, radica en la profunda inclinación de los componentes del referido grupo por predicar el evangelio de la «socialización». La unidad entre los hombres y, posteriormente, entre todos los pueblos de la tie-

rra era, según los principales dirigentes del sansimonismo, la única solución viable para evitar que la sociedad caminase a su completa disolución. Para lograr sus fines sociopolíticos no dudaron en combinar, incluso con pasmosa habilidad, las premisas del Evangelio cristiano con las máximas del pensador ginebrino.

Quien se tome la positiva molestia de profundizar en las páginas de la obra del profesor Sébastien Charléty advertirá muy pronto que Saint-Simon fue superado por sus propios discípulos. Entre los propósitos del pensador de Ginebra nunca apareció la idea de suscitar una cruzada evan-

gética. Todo lo que hay de positivo en sus escritos fue arbitrariamente interpretado por sus incondicionales seguidores y, sobre todo, se olvidaron de lo que constituyó la eterna constante del pensamiento de Saint-Simon, a saber: el culto al trabajo. La sociedad del futuro, afirmó repetidamente, no será una sociedad de propietarios, sino una sociedad de productores. Esto, como elocuentemente nos demuestra el libro del profesor Sébastien Charléty, lo ignoraron por completo los sansimonistas. Creadores, eso sí, de una rara «mezcla de ciencia y fantasía, predicción y profetismo».—J. M. N. DE C.

## V A R I O S

ASHLEY MONTAGU: *Man: His First Two Million Years*. Columbia University Press. Nueva York, 1969; 262 págs.

Con toda seguridad el intento más importante de este libro es presentar una antropología integrada que comprende tanto la antropología física, «el estudio del origen y evolución de los rasgos físicos del hombre» (pág. 8), como la antropología cultural, entendiendo por cultura «la parte de su medio hecha por el hombre» (pág. 5), resaltando el hecho mismo de su integración, por cuanto en la evolución física del hombre los factores culturales han jugado un papel crucial; a la postre la historia de la evolución del hombre nos narra la forma de su adaptación al medio y de la transformación de éste para sus necesidades, lo que el hombre ha hecho a través de la cultura.

El libro aparece así equilibradamente dividido entre la antropología física (páginas 11 a 115) y la cultural (págs. 116 a 238) (el resto del libro está constituido, aparte de una breve introducción, por un apéndice bibliográfico sistematizado de gran interés).

En cuanto a la antropología física, por

seguir con esta terminología, el hecho más saliente que el libro recoge es la forma como se hace retroceder en la Historia de nuestro Planeta la aparición en el mismo del hombre. Significativamente las primeras ediciones de la obra de Montagu (años 1957 y 1962) llevaron por título, *El hombre: su primer millón de años*, mientras que en el actual la fecha de aparición de los primeros hombres se hace remontar, fundamentalmente por L. S. B. Leakey en Uganda y Tanganica; en estos yacimientos se han encontrado restos de una ya *homo habilis*, capaz de producir utensilios y con capacidad craneana de la que hoy el antropólogo considera suficiente; éste, bautizado como *zinjanthropo*, vivió aproximadamente hace 1,85 millones de años, y sus rasgos lo aproximan al anteriormente bautizado como *australopiteco*, de los yacimientos de Java y Sudáfrica de hace un millón de años.

El libro traza el cuadro evolutivo probable que llevó a esta primera especie

conocida de hombre, y a su dispersión posterior y división en grupos étnicos. Para el mecanismo evolutivo la tesis es la simple de que depende de la «inherente variabilidad de la constitución genética» cuyos complejos químicos (las moléculas de DNA llevadas por los cromosomas)... experimentan mutaciones de forma fortuita» (pág. 12). El último capítulo de esta parte se refiere expresamente al problema racial y niega temáticamente que exista cualquier raza superior a cualquier otra en inteligencia: «La evidencia... demuestra que la persona media de cualquier sociedad humana es capaz de aprender tanto como la persona media de cualquier otra sociedad humana» (página 202), aparte de que hoy la población humana tiende a su integración física, lo que, además, se propone temáticamente en el plano cultural como una de las tareas de nuestra Era: «Es nuestra tarea inmediata y será la realización del futuro permitir a los pueblos de la Tierra ser uno cultural y espiritualmente. Entonces toda la Humanidad será de nuevo verdaderamente una» (pág. 103), como lo fue antes de la dispersión primordial, produciendo una unidad genuinamente creativa, sin una pesada uniformidad, que permita la interanimación de sus partes componentes.

En puente entre la antropología física y la cultural se establece en el capítulo VIII, que lleva por rúbrica «Necesidad y cultura»; la cultura «representa la respuesta del hombre a sus necesidades básicas» y tiene la importancia crucial de

que así como en el animal la evolución procede exclusivamente por vía de mutación en sus genes, en el hombre además de ocurrir también así, discurre por la vía de los cambios no genéticos, de los cambios culturales, no almacenados en los cromosomas, sino en la parte hecha o aprendida por el hombre de su medio (págs. 117 y 118).

El estudio de la antropología cultural comienza por el de los medios de comunicación y el origen del lenguaje, primero del hablado (probablemente gritos y sonidos emitidos durante la caza en grupo) y después del lenguaje escrito. Sigue con el cuidado del cuerpo, formas de vivienda y transporte, intensificación de los procesos de división del trabajo y aparición de las formas de propiedad de intercambio. Los capítulos sobre esquemas matrimoniales y familiares son realmente primorosos, quizá no lo es tanto el dedicado a los controles societarios y forma de gobierno. Siguen capítulos sobre los orígenes de la mitología, de la filosofía, de las ciencias y de las artes, y se cierra el libro con un canto al oficio de antropólogo de campo, investigador sobre el que se basa todo el trabajo ulterior del antropólogo, actuando bajo una gran presión y urgencia, sobre todo el antropólogo cultural, por cuanto las «culturas no literarias están desapareciendo o cambiando a paso tan rápido que no se puede perder ni un segundo en su estudio» (página 231).

Es un libro apasionante este de Montagu.—M. ALONSO OLEA.

J. CAZENEUVE: *La mentalidad arcaica*. Ediciones Siglo Veinte. Buenos Aires, 1967: 236 págs.

La «mentalidad primitiva» ha sido quizá el *leitmotiv* de la historia de la antropología. Una revisión sistemática de las aportaciones a este tema desbordaría, con mucho, las pretensiones de nuestro co-

mentario, y también las del libro comentado. El hecho es que el tema ha reaparecido de manera pertinaz y exuberante, a través de reencarnaciones y metamorfosis. Sería difícil, por cierto, seña-



lar otro asunto tan rico como éste en conexiones y evocaciones de todo género. Al parecer, aún se discute si la famosa noción es un concepto científico genuino, o más bien una impostura ideológica. Tal vez cabría superar ese grave dilema dando un giro al enfoque. He ahí lo que J. Cazeneuve ha pretendido —con poco éxito a nuestro juicio— en *La mentalité archaïque*.

Lucien Lévy-Brühl (1857-1939) fue un clásico de la antropología que podemos llamar pseudopositivista, la cual establecía *a priori* una serie de dicotomías o antinomias paralelas: un adulto *uersus* niño, varón *uersus* mujer, normal *uersus* loco, primitivo *uersus* moderno, civilizado *uersus* salvaje, occidental *uersus* exótico, *élite uersus* masa, etc. El polo positivo de esas oposiciones circunscribía un espacio muy estrecho, mientras que el negativo acumulaba e identificaba inescrupulosamente los elementos más heterogéneos. Las antinomias implicaban una polaridad valorativa (razón *uersus* irracionalidad), que era también jerárquica. Aquella era una antropología dualista que aceptaba como «natural» un dimorfismo: al estereotipo del *homo sapiens* se oponía el de *homo credulus*. Como aquel pensamiento hacía de la razón el privilegio de una minoría, muy bien pudiéramos llamarlo racionalismo oligárquico.

El libro *La mentalité primitive* (1922) reportó a Lévy-Brühl una celebridad casi inmediata. Su tesis fundamental era que las «representaciones colectivas» del hombre primitivo no son conceptuales, sino «místicas», ya que implican «la creencia en fuerzas, influencias y acciones no perceptibles por los sentidos y, sin embargo, reales». Además, el juego de tales representaciones sería «prelógico», supuesto «que no se esfuerza, ante todo, como nuestro pensamiento, por evitar la contradicción», sino que obedece a una «ley de participación».

La tesis de Lévy-Brühl estaba lejos de

ser original. Al contrario: fue tan bien acogida porque enunciaba claramente una *communis opinio* de la época. De ahí los insidiosos malentendidos que desvirtuarían el propósito del etnólogo francés. En efecto: imputar a los «primitivos» un pensamiento no-conceptual e indiferente a la contradicción, equivalía en puridad a negarles la facultad humana de pensar. Pero ese despropósito falseaba la trayectoria intelectual de Lévy-Brühl, quien —desde *Les fonctions mentales dans les sociétés inférieures* (1910) hasta los *Carnets postumos* (editados en 1947)— no hizo sino revisar y atenuar el contraste brutal primitivo *uersus* civilizado. Y acabó por reconocer honestamente que «La estructura lógica del espíritu es la misma en todas las sociedades humanas conocidas, puesto que todas tienen lengua, costumbres e instituciones. No se hable más, por consiguiente, de carácter "prelógico"».

J. Cazeneuve ha dedicado así la primera parte de su exposición a restituir la verdad histórica. Pero su enfoque es demasiado estrecho. Apenas se toma el trabajo de situar a Lévy-Brühl dentro del panorama intelectual de la época pseudopositivista, y ni siquiera indica lo mucho que debió a sir James G. Frazer (*The golden bough*, 1890). Pero es obvio que la *loi de participation* del autor francés derivaba de la *sympathetic magic* (*imitative* y *contagious*) del autor británico.

En la segunda parte, Cazeneuve trata de precisar «Qué es la mentalidad acacaica» —rótulo por el que ha sustituido el de *mentalité primitive*—. Pero la exposición del autor es insegura y, también, excesivamente estrecha. Prácticamente esquivaba la cuestión crucial, que es el carácter ambiguo (=ideológico y científico) de la famosa tesis de Lévy-Brühl. Además, no pasa revista a las críticas más serias que el pseudo-positivismo en general y la obra de Lévy-Brühl en especial han sufrido durante la postguerra. Cazeneuve alude al estructuralismo de Lévy-

Strauss, pero no menciona sus tres libros fundamentales a este respecto: *Race et histoire* (1952), *Le totémisme aujourd'hui* (1962) y *La pensée sauvage* (1962). Recordemos que el mayor mérito de Lévi-Strauss consiste cabalmente en haber denunciado el sesgo ideológico y proyectivo de la etnografía pseudo-positivista, que infantilizaba al «salvaje» y lo convertía en juguete del instinto, la efectividad, la mística, etc. Tampoco alude Cazeneuve a Michel Foucault, que ha denunciado «el mito de una identidad entre el enfermo, el primitivo y el niño», del que se desprendería un destino común a la locura y al salvajismo, identificados negativamente (*Maladie mentale et personnalité* y *Folie et déraison: histoire de la folie à l'âge classique*, 1961).

En cambio son de interés —aunque demasiado sumarias— las páginas que Cazeneuve dedica a Georges Gusdorf (*Mythe et métaphysique*, 1953) y a Roger Bastide (*Contribution à l'étude de la participation*, 1953, y *Le candomblé de Bahía*, 1958).

Roger Bastide ha hecho notar que la «mentalidad primitiva» es necesariamente conceptual, ya que «la participación supone un marco previo», es decir: una sumaria clasificación de las cosas en reinos, familias o categorías. La «participación» se produce dentro de cada compartimiento, en virtud de una mutua sugestividad (=correspondencia, simpatía, analogía, etc.) entre sus elementos. En cambio, los compartimientos quedan definidos por oposiciones paradigmáticas, que determinan las incompatibilidades o antítesis. Oposiciones y correspondencias pueden abarcar el universo entero, pero encerrándolo en un esquema supersimplificado y especioso —pensemos en el dualismo *yang-yin* de los taoístas y en la antinomia zoroástrica Bien-Mal—. El juego mecánico de sinónimos y antónimos condena el pensamiento a una tauología fatigosa y estéril. Sin embargo,

el principio de no contradicción tiene plena vigencia. Lévy-Brühl confundió lamentablemente las meras incompatibilidades materiales (=físicas) con las genuinas contradicciones formales (=lógicas).

Georges Gusdorf ha puesto de relieve el carácter cualitativo y valorativo de la *imago mundi* mítica, así como su enorme simplismo. El mito es cautivador porque da respuestas expeditivas a las cuestiones intrincadas (cfr. R. Crawshay Williams: *The comforts of unreason*, 1947). Pero ese efecto espectacular es paralizador —de ahí el «inmovilismo metafísico» y la «liturgia de la repetición»—. Lévy-Brühl, por su parte, había señalado la «impermeabilidad a la experiencia».

Finalmente, Cazeneuve rastrea «Las manifestaciones y los dominios de la mentalidad arcaica» en la prehistoria; la etnografía; la mitología; el *folklore* y los «estados de multitud»; la mentalidad infantil; la mentalidad morbosa; la imaginación, la afectividad y la emoción; los sueños y el arte. Esa mera lista sugiere hasta qué punto el autor recae —inconscientemente— en las confusiones típicas del pseudo-positivismo. Está claro que no ha tenido en cuenta las críticas estructuralistas. Y lo que es peor: después de haber lamentado en el prefacio «la relatividad de una psicología basada únicamente en la observación del adulto moderno, normal y civilizado», concluye su libro sobre la mentalidad arcaica afirmando que es más fácil «observarla en las sociedades no históricas... Pero también se la puede discernir en ciertos comportamientos colectivos de las sociedades modernas y en varios sectores de la psicología general. Presenta afinidades con la mentalidad infantil y con la morbosa. Permite comprender el funcionamiento normal de la imaginación y de la efectividad. Coincide a menudo... con las fantasías del sueño. Por último, el arte... la legítima.» Es decir: la «mentalidad arcaica» es la imagen invertida de aquella psicología

que el autor criticaba al principio de su libro. Sus manifestaciones no tienen otro denominador común que el contraste con ese punto de referencia. Son definidas y reunidas *pêle-mêle* con un criterio puramente negativo. Dejando aparte esa contradicción del autor consigo mismo, el

lector se ve forzado a concluir que la supuesta «mentalidad arcaica» no es tal mentalidad, ni tampoco es arcaica.

El libro es, pues, decepcionante. La bibliografía final —escasa (treinta y nueve títulos) y caprichosa— explica muchas de sus deficiencias.—LUIS V. ARACIL.

ERVING GOFFMAN: *Stigma: notes on the management of spoiled identity*. Penguin Books. Harmondsworth (Middlesex), 1968; 174 págs.

Alfred Adler (1870-1937) inició su carrera científica estudiando los efectos psicológicos de las inferioridades o minusvalías orgánicas (*Organminderwertigkeit*, 1907). En 1910, acuñó los conceptos de «sentimiento de inferioridad» (= *Minderwertigkeitsgefühl*), y de «compensación», que fueron el núcleo inicial de su *Individualpsychologie* (cfr. Heinz L. y R. R. Ansbacher: *The individual psychology of Alfred Adler*, 1955). Ambas nociones —a menudo mal interpretadas— hicieron pronto fortuna entre el público. El húngaro Oliver Brachfeld publicó así un libro famoso (*Los sentimientos de inferioridad*, Barcelona, 1936), en el que desarrollaba monográficamente el tema.

Hay que añadir que, por otra parte, el pensamiento de Alfred Adler no influyó sólo entre sus seguidores, sino también entre algunos «neofreudianos» —Karen Horney (1885-1952), Erich Fromm (nació en 1900)— e independientes —Kurt Lewin (1890-1947), Gordon W. Allport (1897-1967), etc.—.

Es obvio que ni el sentimiento ni la mera noción de inferioridad tienen cabida dentro del esquema individualista freudiano. Por más subjetiva y subconsciente que la imaginemos, la inferioridad implica por fuerza un marco social de referencia y de acción. El conflicto intrapersonal y el interpersonal son tan inseparables como los «mecanismos» y estrategias respectivos. Pese a su rótulo, la *Individualpsychologie* tiene —en con-

traste con el psicoanálisis ortodoxo— la ventaja de estar abierta a un enfoque sociológico. Ventaja tanto más importante cuanto que sabemos de antemano que no pocas inferioridades son producidas por la estructura social misma.

El enfoque sociológico se adelantó quizá al psicológico. Baste aducir un precedente: las agudas consideraciones de Alexis C. de Tocqueville (1805-59) a propósito de los negros norteamericanos (*De la démocratie en Amérique*, 1835). Recordemos también que estigma e inferioridad suelen acompañar al prejuicio, que ha sido objeto de muchas investigaciones (cfr. G. W. Allport: *The nature of prejudice*, 1958). En cuanto a las personas discriminadas desfavorablemente, es mucho lo que se escribió hace años sobre el *marginal man* y los *underprivileged groups*, y lo que todavía se escribe sobre la *deviant behaviour*. Un concepto casi indispensable en ese orden de problemas es el de grupo de referencia (= *reference group*). Secuelas corrientes de la desventaja son la susceptibilidad y la vergüenza (cfr. Anthony F. C. Wallace: *Culture and personality*, 1961). Además, cualquier clase de estigma implica o produce una cierta incompetencia social que compromete el desarrollo de la personalidad (confróntese Robert W. White: *Competence and the growth of personality*, 1966). Por último, el concepto de *self* —usado ya por William James y George H. Mead— es

el puente obligado entre el enfoque psicológico y el sociológico.

Vale decir que Erving Goffman no ha escogido un tema intacto. Pero tampoco se ha propuesto consultar sistemáticamente la amplísima literatura disponible. *Stigma* es una breve monografía sin más aparato bibliográfico que las notas al pie de página. Las fuentes que el autor ha manejado son muy heterogéneas. Entre ellas se cuentan varios relatos clínicos y biográficos de los que ha extraído pasajes para ilustrar su exposición.

*Stigma* es, sin embargo, una monografía interesante y muy bien construida. Su autor enuncia con claridad lo que pretende: «Desglosar de los hechos conexos el material referente al estigma; mostrar cómo ese material puede ser económicamente descrito dentro de un cierto esquema conceptual, y aclarar la relación entre el estigma y el asunto de la desviación (= *deviance*). Ese esfuerzo me permitirá formular y usar un determinado grupo de conceptos: los que tienen que ver con la "información social" o información que la persona transmite acerca de sí misma.» En su recapitulación final, Goffman dice que ha procurado señalar lo que una serie de tópicos «—problemas sociales, relaciones raciales y étnicas, desorganización social, criminología, patología social y desviación (= *deviancy*)—... tienen en común. Esos puntos comunes pueden ser organizados sobre la base de unos pocos supuestos acerca de la naturaleza humana.»

Bajo el primer epígrafe («Estigma e identidad social»), el autor se ocupa de las categorías y normas sociales de las que dependen el trato y la consideración que el individuo recibe. En la medida en que es una diferencia indeseable (= *undesired / shameful differentness*), el estigma viene a ser el reverso casi exacto de lo que Thorstein Veblen (1899) llamó *invidious distinction* y S. de Beauvoir (1955) ha denominado *différence avan-*

*tageuse*. Por lo demás, puede consistir en una deformidad física, en una irregularidad de la conducta o bien en ciertos atributos socioculturales (= *tribal stigma*). En función de la visibilidad del estigma, la persona será desacreditada (= *discredited*) o desacreditable (= *discreditable*). Lo segundo trae aparejada mayor inseguridad. En todo caso, el estigma condiciona la trayectoria personal (= *moral career*) y los contactos con las distintas categorías de personas. De ello habla el autor especialmente en el tercer capítulo: «Afilicación grupal (= *group alignment*) e identidad personal (= *ego identity*).»

El problema fundamental es que la persona «marcada» comparte el juicio dominante en la sociedad. Tan es así, que el estigma parece cumplir la paradójica función de «proporcionar a la sociedad el apoyo de quienes no son apoyados por ella». Desde el momento que la persona acepta un juicio que le es desfavorable, sus actitudes ante su propio *self* y ante los demás son ambivalentes. Un caso extremo es el de autoodio (= *self-hatred*), descrito por Kurt Lewin. Por añadidura, el trato que la persona recibe suele ser contradictorio. Todo ello dificulta la búsqueda de una identidad satisfactoria. La discrepancia entre el *self* ideal o virtual y el efectivo, pone constantemente a prueba a la persona.

Pero el capítulo más interesante y extenso es el segundo: «Control de la información e identidad personal». Goffman explica en él que la «información social» consiste, ante todo, en símbolos que «encasillan» a la persona como tal, calificándola o descalificándola. El estigma se opone directamente a los símbolos de prestigio, y puede ser precariamente compensado mediante símbolos desidentificadores (= *disidentifiers*) cuyo efecto es semejante a lo que se ha llamado *status inconsistency*. De todos modos, ya hemos dicho que los estigmas di-

fieren entre sí en punto a visibilidad. La persona que puede ocultar su estigma es *discreditable* y pretende, generalmente, pasar por normal (*passing*). Pero hasta los estigmas manifiestos pueden ser paliados en cierta medida (*covering*) por la persona *discredited*.

En los dos últimos capítulos, Goffman discute en términos muy generales el problema de las normas y de la desviación (= *deviations and deviance*).

Nos tememos que la monografía de Goffman defraudará a algún lector exigen-

te. Pero tal vez su modesta extensión sea más bien una virtud que un defecto. El autor ha condensado muchas observaciones de innegable valor. Y no sólo se ha ceñido a su propósito, sino que lo ha cumplido. El lector no puede menos de convenir en que el estigma puede —o acaso debe— ser estudiado como un fenómeno de «información social». Bien es verdad que ese enfoque no es del todo inédito. Pero Goffman puede estar orgulloso de haberlo expuesto persuasivamente.—LUIS V. ARACIL.

SUSANNA MILLAR: *The psychology of play*. Penguin Books. Harmondsworth (Middlesex), 1968; 288 págs.

Decididamente, el hombre no es el único animal que juega. Susanna Millar insiste en las analogías con otras especies, y el capítulo más extenso de su libro es «El juego de los animales». En cambio, hay otro punto al que no ha prestado la debida atención.

Todos tenemos una noción intuitiva de lo que hay que entender por «juego» en general. Pero, para definirlo, hay que tener en cuenta que hay juegos atléticos, de destreza y de cálculo; arriesgados e inocuos; competitivos y no competitivos. Y el problema de la definición general se complica porque no hay equivalencias biunívocas entre las palabras usadas por distintos idiomas. Lo que el castellano llama «juego» corresponde a tres términos ingleses: *sport*, *game* y *play*. El último comprende, hasta cierto punto, los otros dos, y tiene, además, el sentido de «representación teatral», que no está implícito en la palabra castellana. El francés *jeu* y el alemán *Spiel* abarcan tal vez todas las acepciones, con el inconveniente de que resultan más equívocos. Además, es curioso que «juego» y *jeu* derivan del latín *iocus*, que significaba propiamente «burla» —de ahí «jo-

cundo», «jocoso» y «juglar»—. Las palabras modernas correspondan más bien al latín *ludus*, que tenía muchas acepciones: desde rodeo, simulación, engaño (cfr. «ilusión»), burla y escarnio (cfr. «ludibrio»), hasta diversión, pasatiempo, ejercicio y espectáculo.

Hay, por lo tanto, una cuestión semántica ineludible. Parece temerario emprender un estudio del «juego» sin haber aclarado antes lo que la palabra significa. Pero, al mismo tiempo, conviene evitar la aporía. Sin duda, la investigación debe servir —entre otras cosas— para aclarar conceptos. La noción intuitiva es válida como punto de partida. Hasta es posible que el equívoco despierte la curiosidad del investigador.

Susanna Millar recuerda que el juego llamó ya la atención de varios pioneros de la biología y la psicología: Herbert Spencer (*Principles of psychology*, 1855 y 1870-72), Charles R. Darwin (*The expression of the emotions*, 1872), Granville S. Hall (1896), Karl Groos (1895, 1899), James Sully (*Essay on laughter*, 1902), etc. A ellos debemos un repertorio clásico de observaciones y de teorías. Pero la autora ha consultado especial-

mente las numerosas aportaciones hechas dentro ya de este siglo. La guía bibliográfica del libro enumera cuatrocientos tres títulos. Aun así, es de lamentar la ausencia de alguna obra interesante, como la de Roger Caillois (*Les jeux et les hommes*, 1958), a la que aludiremos en seguida.

J. Huizinga (*Homo ludens*, 1938) se apartó de la tradición biológica y psicológica para indagar la función del juego en la historia cultural de la Humanidad. El historiador holandés advirtió que el comportamiento lúdico no puede ser definido en sí, sino por contraste con la vida ordinaria. El juego pertenece a un dominio separado, en el que el que impera la ficción. Es algo que no se hace «de veras» ni debe ser tomado «en serio». Susanna Millar, por su parte, admite que «El juego es un comportamiento paradójico», ya que parece una «ficción (= *pretence*) que no intenta engañar». Por eso sospecha que «La paradoja puede ser debida simplemente a un error», tal vez a una «clasificación equivocada (... *misclassification*)». Creemos que no habría tal paradoja si se partiera de la base de que el ámbito del juego pertenece a otra dimensión —llamémosla «irreal»—, que se distingue de la «real» por una intención o sentido peculiar. Las paradojas derivan de la suposición gratuita de que el comportamiento debe tener un solo registro (=dimensión). Esa misma suposición impide también, por ejemplo, entender correctamente la poesía. El arbitrio de la «licencia poética» —o de la «licencia cómica»— se basa seguramente en una *misclassification*. Es más razonable postular que el juego tiene —como la poesía— sus propias reglas y su propio criterio de validez, que no es el de lo *vero*, sino el de lo *ben trovato*. Las paradojas serían, según eso, pseudoproblemas creados por la distorsión reduccionista (=unidimensional).

Roger Caillois, aparte de refinar el planteamiento de Huizinga, ha notado

que el juego humano puede variar entre dos polos, que son sus elementos opuestos: 1. La improvisación espontánea (= *paidia*, *hredati*, *wan*). 2. La disciplina arbitraria (= *ludus*). Millar apenas tiene en cuenta el segundo elemento. Caillois ha propuesto también una clasificación de los juegos en cuatro *summa genera*: 1. Competición (= *agôn*). 2. Azar (= *alea*). 3. Simulacro (= *mimicry*). 4. Vértigo (= *ilinx*). Esta clasificación nos da pie para observar que el concepto de juego (= *game*) matematizado por J. von Neumann y O. Morgenstern en 1947, es demasiado estrecho. Sólo abarca el *agô* y el *alea* —que son equiparables si se supone que el azar es un antagonista. Además, la formalización matemática —inevitablemente «seria»— es más aplicable a la estrategia militar y a la economía que al «juego» propiamente dicho.

El libro de Susanna Millar se incorpora a la tradición psicológica. Organiza el panorama desde ese punto de vista, pero sin adherirse a ningún sistema doctrinal. Tampoco pasa por alto que el juego es inseparable del aprendizaje y, por lo tanto, de la socialización. En ambos procesos la persona asimila la experiencia para poder usarla en lo sucesivo. El material memorable no sólo es retenido (= *stored*), sino constantemente transformado (= *realigned*, *rearranged*, *reclassified*, *recombined*, *resorted*, *recoded*, *translated*). La mente «digiere» (= *digests*, *re-chews*) las impresiones para «destilar» sus regularidades (= *rules*). Aprendizaje y socialización son, pues, procesos activos. Buena parte del trabajo mental consiste en repetir una serie de operaciones. Pero la repetición no se limita a conservar lo adquirido, sino que lo transforma y enriquece mediante la experimentación. «Producir cambios y diferencias no es menos necesario que rumiar el material informativo para adaptarse al mundo. Aprendemos más de los experimentos que de la mera observación.»

Muchas actividades lúdicas son útiles con vistas al futuro porque consisten en un *rehearsal* (=ejercicio, ensayo, entretenimiento, práctica). El individuo, a la vez que reproduce, explora nuevas posibilidades. Imitar y repetir le dan pie para corregir y perfeccionar. El *rehearsal* es así una especie de borrador, en el que el sujeto prueba a introducir variaciones experimentales. Las pruebas mejoran la eficiencia de la ejecución (= *performance*) y robustecen la confianza en la propia aptitud. De ahí el valor adicional de la confirmación (= *confirmation, corroboration*). El *rehearsal loop* es análogo, en principio, al bucle retroactivo y al reflejo circular. Pero no es un círculo (cerrado), sino una espiral (abierta). Mediante él, el desarrollo receptivo guía el desarrollo motor. En cierta medida, el aprendizaje es autoaprendizaje. Esto ha sido observado claramente en la adquisición infantil del lenguaje. La ecolalia (= *circular reaction, vocal imitation, repetitive babbling, echoic responses*) y los monólogos no son superfluos, sino indispensables (cfr. George A. Miller: *Language*

*and communication*, 1951). En este sentido, el juego es, sin duda, una etapa preparatoria. Y se comprende que la autora tienda a enfocarlo como parte de la psicología infantil.

Susanna Millar dedica un capítulo —muy insuficiente— al «Juego social», y otro —muy interesante— a las «Diferencias individuales y sociales» que pueden apreciarse en la actividad lúdica. Después, se ocupa de la «Ludoterapia», en la que abundan experiencias y técnicas de innegable valor. Finalmente, se pregunta por la razón de ser del juego, pero no pretende llegar a ninguna conclusión definitiva. Después de recapitular varias hipótesis ya discutidas en el cuerpo del libro, se limita a advertir que el juego surge sobre todo en «condiciones en que el comportamiento es relativamente libre (= *unorganized*), o bien antes que sea plenamente organizado, integrado o encauzado (= *streamlined*)». Y concluye: «Los adultos "juegan" a veces, pero los niños "juegan" mucho más a menudo.»—LUIS V. ARACIL.

ROBERT ESCARPIT: *La revolución del libro*. Unesco y Alianza Editorial. Madrid, 1968: 206 págs.

*La révolution du livre* se ocupa del estado actual del libro en el mundo y de sus perspectivas futuras. El autor aduce datos en abundancia y los completa con observaciones sagaces, de modo que el conjunto tiene una estructura bastante conseguida. Debemos añadir que no se trata sólo de una excelente monografía. El tema del libro tiene tantas y tales ramificaciones, que es forzoso enfocarlo dentro de un marco histórico global.

Suele admitirse que el origen del lenguaje —o de la lengua, más propiamente— señaló el punto de partida de la cultura y de la Historia humana. La

lengua, en todo caso, fue una adquisición perdurable, que no ha sido «superada» por ninguna innovación ulterior. Ha habido —claro está— cambios tecnológicos importantes en la manera de servirse de ese instrumento de los instrumentos, desarrollando sus potencialidades, pero sin alterar en nada su naturaleza. El más trascendental de ellos fue la introducción de la escritura, acontecimiento que justifica la separación de prehistoria e historia *stricto sensu*.

La escritura, en efecto, hizo posible lo que podemos llamar «literatura», aunque, a decir verdad, existió ya desde

mucho antes la tradición oral, que permitió de generación en generación textos hablados relativamente fijos. Pero al dar a la palabra un soporte material, la escritura le permitió desligarse del horizonte de las relaciones primarias y extender indefinidamente su alcance espacio-temporal. A la vez, al mediatizar la comunicación verbal, dejó un ámbito para la reflexión (meta) lingüística. Atrayendo la atención sobre la lengua, la objetivó, por así decir, y puso los cimientos de su estudio científico. Por último, el aprendizaje y el empleo regular de la escritura —más conscientes, «formales» y laboriosos que los de la palabra oral— trajeron aparejada la disciplina de unos usos normativos que seguramente fueron el núcleo inicial de la gramática. El hecho es que durante mucho tiempo el estudio de la lengua fue inseparable del estudio de los textos escritos: la filología.

Aunque a menor escala, también la introducción de la imprenta fue un *tournant* decisivo en ese largo proceso. Entre otras cosas, se extendió y profundizó la consciencia de la lengua en general y de los idiomas particulares, sobre todo de los nacionales, que disputaron a las lenguas clásicas su posición de privilegio. Aparte de ese *demonstration effect* y de la emulación entre los idiomas vecinos y coetáneos, es obvio que las exigencias técnicas y económicas de la imprenta impusieron una disciplina más responsable y rigurosa, que llevó a la normalización de los idiomas más vivos. La «literatura» —basada en la escritura y promovida por la imprenta— se convirtió en seguida en la manifestación antonomástica de la cultura nacional. Posteriormente, la enseñanza primaria obligatoria se propuso ante todo extender la *literacy* y los rudimentos gramaticales, abriendo así un campo que sería explotado por la Prensa periódica. Todo ello planteó inescusablemente pro-

blemas sociolingüísticos a escala masiva, que fueron parte vital de la cuestión de las nacionalidades.

Las repercusiones —cuantitativas y cualitativas— de la escritura y de la imprenta han llegado hasta nuestra época. Pero no por eso han «superado» en modo alguno la lengua, sino que se han supeditado a ella. En términos generales, el proceso ha multiplicado y complicado las funciones sociales de la lengua, al mismo tiempo que las funciones lingüísticas de la sociedad. Y ello ha tenido una trascendencia incalculable en casi todos los órdenes de la vida humana. Recientemente, McLuhan ha hecho un esfuerzo —justificado, pero discutible— por instituir una sociología de la cosa escrita, y particularmente del *homo typographicus*. Tal vez fuera más razonable poner esos estudios bajo la jurisdicción de la sociolingüística, puesto que, tanto la escritura como la imprenta no son otra cosa que relaciones entre la lengua y su ámbito sociocultural.

Hoy en día hay quien anuncia irreflexivamente que la cultura escrita —o al menos la libresca— está a punto de ser total y definitivamente suplantada por la «cultura de la imagen». El cambio, de ser cierto, representaría un empobrecimiento brutal. Sin embargo, creemos que *La révolution du livre* basta y sobra para demostrar hasta qué punto es insensata aquella suposición. El fatalismo de los voceros de la «cultura de la imagen» no sólo pugna con la lógica y con la verdad histórica, sino también con la evidencia actual.

Robert Escarpit —autor de una notable *Sociologie de la littérature* (1958)— escribió esta obra por encargo de la Unesco y como actualización de la de R. E. Baker, *Books for all* (1956). Aclaremos que, por supuesto, el autor no se ha ocupado sólo del libro «en sí», sino muy especialmente de su producción, distribución y destino o «consumo».



El libro como objeto corpóreo es simplemente el nudo central de un proceso muy vasto e intrincado, en el que intervienen autores, editores, impresores, distribuidores, libreros, lectores, críticos, bibliotecarios, etc.

El autor se ha preocupado de poner de relieve que durante siglos el fenómeno libresco no ha hecho sino crecer en volumen e importancia. Y su actual «revolución» ha coincidido casualmente con lo que algunos consideran el apogeo de la «cultura de la imagen». Esa «revolución» no ha beneficiado solamente al libro funcional —que es cada vez más necesario a una proporción creciente de personas—, sino también al libro literario. En los últimos decenios —y gracias sobre todo a las ediciones de bolsillo (= *paperback*)— el libro se ha popularizado considerablemente. Es probable que, a la larga, el futuro del libro manejable y económico sea más halagüeño que el de la Prensa periódica.

La expansión reciente del libro ha arrumbado, sin duda, muchas barreras sociales. Pero tropieza todavía con obstáculos difíciles de remover (cfr. Laurent Tarnóczy, «Crise actuelle de la chose imprimée», *Cahiers Internationaux de Sociologie*, 1968, págs. 139-62). Aun así, se da la paradoja de que es ahora —en la época en que algunos se apresuran a vociferar el triunfo irreversible de la «cultura de la imagen»— cuando el mundo del libro empieza a adquirir una envergadura y una consistencia sin precedentes. Hay, pues, ciertas esperanzas de que —a cambio de las adaptaciones pertinentes— puede ir superando, una tras otra, sus limitaciones actuales. Cuando menos, es significativo que el libro no haya dejado

de abrirse camino, pese a contar con mucho menos apoyo que la «cultura de la imagen».

Repetiremos que la Humanidad está muy lejos de haber «superado» la lengua. En rigor, ni siquiera ha explorado —ni menos explotado— todas las posibilidades que ella le abre. El libro es una de esas posibilidades, acaso la más «noble», desde un cierto punto de vista. Su vida, por lo tanto, está más que asegurada, al precio de los cambios necesarios. Vale decir que el libro puede —y debe— transformarse. Pero no es concebible que naufrague, como no sea en una inmensa hecatombe histórica. Si la Historia sigue su camino, podemos dar por seguro que la vistosa «cultura de la imagen» no habrá sido más que una supervivencia aberrante del pasado y que el futuro pertenece al libro.

En elogio de la obra de Escarpit, hay que decir que es un buen libro —actual, documentado, inteligente— sobre los libros. Y no hará falta recordar que éstos reflejan bastante fielmente lo que llamamos «cultura». Las estadísticas y las reflexiones acerca de la traducción en el mundo, por ejemplo, no pueden ser más sustanciosas. Los intercambios internacionales en materia de libros son importantísimos, porque de ellos depende en gran medida la cristalización de una cultura realmente mundial. Las traducciones y/o la enseñanza de idiomas en gran escala son condiciones absolutamente indispensables para que ese proceso llegue a buen término.

Escarpit nos convence de que esa cosa modesta que es el libro representa muchísimas cosas importantes. —LUIS V. ARACIL.

